

## **LA DECADENCIA URBANA Y BAJOIMPERIAL EN LA DIÓCESIS *HISPANIARUM*: LA PRIMACÍA DEL ARGUMENTO DEL DECLIVE, SOBRE EL DE LA METAMORFOSIS CIUDADANA**

FRANCISCO JOSÉ GÓMEZ FERNÁNDEZ  
IESB

**RESUMEN:** Hace tiempo ya que diferentes estudios hablan de la existencia de una metamorfosis de la ciudad hispana bajoimperial, más que de un declive de la misma. Sin embargo, y en mi opinión, hay numerosos argumentos que prueban lo contrario, esto es, que la decadencia fue un hecho innegable y anterior en el tiempo al cambio de carácter de la urbe, el cual fue una consecuencia inevitable del citado declive, al igual que la ruralización de la sociedad. Este artículo tiene por objeto, defender esta hipótesis y dar razón de la misma, basándose en la evidencia de los testimonios arqueológicos, en las noticias aportadas por las fuentes del momento y en los estudios realizados, a fin de esclarecer la realidad urbana, de un momento tan convulso como atractivo, en la historia de nuestro país.

**ABSTRACT:** Now a days, a lot of researchers about the ancient city of the Bass Roman Empire, say there wasn't decline because it there was a change cities nature. This article wants to show that there was a very important decadence, which caused a important the previously nature evolution. The paper has been made on based on classical authors, other studies and archaeological works.

Hace ya varios años, que el estudio de las ciudades durante la Antigüedad Tardía, ocupa un lugar primordial en el panorama de la investigación histórica, como manifestación visible de los profundos cambios que afectaron al mundo clásico en su tránsito hacia el Medioevo. Y hemos de congratularnos de que así sea, y de que precisamente la *urbs* romana, ocupe por fin el lugar que le corresponde como caja de resonancia de las transformaciones que se vivieron a todos los niveles.

Este interés creciente, alentado por la toma de conciencia de su importancia, ha propiciado la realización de excavaciones y estudios que nos han ayudado a configurar una imagen de lo que debió ser el entramado urbano hispano en el umbral de la Edad Media, tanto si aceptamos el inicio de esta en el siglo III, V u VIII d.C.

Sin embargo, y como parte de nuestra propia condición humana, del poderoso atractivo y de las ingentes posibilidades que reviste la investigación histórica, la opinión general de los investigadores ha venido modificándose con el tiempo, dando lugar a cierta polémica sobre la naturaleza de las ciudades en el mundo tardorromano.

Este debate está sustentado en los mismos datos arqueológicos que nos ofrecen las ciudades, objetivos en cuanto a su naturaleza, pero interpretados de diferente forma según el autor que los reflexione y elabore. Y así, lo que ayer tradicionalmente, era para unos un síntoma evidente de decadencia urbana, para otros, partidarios de una cabal matización, es actualmente un indicio no tanto de declive como de cambio o metamorfosis en el carácter de las urbes.

Esta última parece ser la teoría que concita a día de hoy mayor número de adeptos. Ahora bien, partidario como soy de entrar en el análisis profundo y detallado que nos permita precisar las afirmaciones que vertimos en nuestros estudios, creo que no se puede negar el hecho evidente y primordial de la decadencia urbana, aunque fuese esta la que propiciase una profunda e innegable metamorfosis en su propia idiosincrasia, al menos en la mayor parte del territorio y del periodo que vengo estudiando desde hace ya varios años, la *diocesis Hispaniarum* en el Bajo Imperio y muy especialmente en el siglo V d.C.

Esta es la postura que vengo a defender en el siguiente artículo, abierto a las aportaciones y críticas constructivas que los compañeros creen que deben hacer al mismo, mucho más allá del terco empecinamiento en una opinión estática y personal, sino más bien como fruto de una dinámica que nos debe estimular a revisar nuestras posturas y a seguir investigando con el único deseo de encontrar la verdad.

## UNA IMAGEN URBANA FRUTO DE FUENTES SOMBRÍAS Y ESTUDIOS REVISIONISTAS

Basados en las escasas pero pesimistas impresiones que nos transmitían las fuentes contemporáneas y las opiniones al uso en lo referente al Bajo Imperio, los investigadores de la Antigüedad Tardía Hispana, nos trasladaron en un primer momento, una imagen caótica y decadente del estado de nuestras urbes a inicios del siglo V d.C.

Si nos detenemos unos momentos y damos un vistazo a las fuentes tardías que hablan de nuestra tierra, no sorprenden las afirmaciones realizadas por nuestros colegas de antaño. Autores como Ausonio o Avieno, nos legaron una pesimista descripción del estado en el que se encontraban ya a finales del siglo IV d.C., algunas de las ciudades hispanas más celebres en la Antigüedad. El primero, en la correspondencia mantenida con su amigo Paulino, habla de una *Ilerda* árida y ruïnosa, de una *Bilbilis* inhóspita y de una *Calagurris* que presentaba un estado similar<sup>1</sup>. Semejante es el caso del segundo, que nos describe un *Gades*, de cuya decadencia y ruina fue triste testigo y nostálgico cronista en su obra *Ora Maritima*<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Aus. a Paul., *Ep.*, 29, 50-61.

<sup>2</sup> Avien., *Or. Mar.*, 270-272.

Esta sensación de desastre y degradación urbana que reinó entre los investigadores<sup>3</sup>, debió verse acentuada por los testimonios transmitidos a través de algunos autores, que relataron con gran crudeza, cierta exageración y no poco partidismo, desde su propia óptica hispanorromana y católica, las invasiones y destrucciones de los pueblos invasores de inicios del siglo V. Hasta tal punto llegó a valorarse este acontecimiento, que se significó en toda la historiografía clásica como un auténtico desenlace y culminación a situación tan calamitosa, y como el punto de partida de una nueva época histórica.

El argumento más destacado de cuantos han llegado hasta nosotros, es el de Orosio, autor y presbítero hispano, nacido en *Bracara Augusta* y huido de la misma en el 417 d.C. ante la llegada de los pueblos bárbaros. Este sacerdote desde su desierto africano, donde escribió su *Historia adversus paganos*<sup>4</sup>, impactado si duda por su experiencia personal y por los acontecimientos de los que había sido testigo durante los primeros momentos de las invasiones, dejó recogido que estas causaron más daños al país que los que supusieron doscientos años de conquista romana<sup>5</sup>. Hidacio por su parte, relató con horror y tono apocalíptico, la entrada de los bárbaros en Hispania y en especial, el cruel saqueo de *Bracara Augusta* en el 456 d.C., en el que no se respetaron ni iglesias ni eclesiásticos<sup>6</sup>. Así mismo incidió en el terrible momento de latrocinio y saqueo que vivió el conjunto del territorio<sup>7</sup>. Olimpidoro por su parte, contribuyó a la imagen decadente y negativa de las ciudades hispanas al escribir que tras la invasión del 409 d.C., los habitantes se aglomeraron

<sup>3</sup> J. Arce, “La transformación de Hispania en época tardorromana: paisaje urbano, paisaje rural”, *De la Antigüedad al Medioevo. Siglos IV al VIII (III Congreso de Estudios Medievales)*, Madrid, 1993, 247; S. Rascón, “La ciudad Hispanorromana de *Complutum*”, *Cuadernos del Juncal* 2, Alcalá de Henares, 1995, 173; J.A. Abásolo; “La ciudad romana en la Meseta Norte durante la Antigüedad Tardía”, 1999, 87, en L. García Moreno-S. Rascón Marqués (eds.), *Complutum y las ciudades hispanas en la Antigüedad Tardía, Acta Antiqua Complutensia I, Actas del I encuentro Hispania en la Antigüedad Tardía*. Alcalá de Henares, 16 de Octubre de 1996.

<sup>4</sup> J. Arce, *España entre el Mundo Antiguo y el Mundo Medieval*, Madrid, 1986, 102.

<sup>5</sup> Oros., *Hist.*, VII, 41.2 Han sido invadidas las Hispanias; se han sufrido matanzas y rapiñas: en verdad que no se trata de nada nuevo, ya que durante estos dos años en que las armas enemigas han actuado con crueldad, los hispanos han sufrido de manos de los bárbaros lo que sufrieron durante doscientos años de manos de los romanos, y lo que aguantaron incluso, en época del emperador Galieno, durante casi doce años en una invasión de los germanos.

<sup>6</sup> Hyd., *Chr.*, 7.1. *Los bárbaros se desparraman furiosos por las Españas, y el azote de la peste no causa menos estragos, el tiránico exactor roba y el soldado saquea las riquezas y las vituallas escondidas las ciudades; reina un hambre tan espantosa, que obligado por ella, el género humano devora carne humana, y hasta las madres matan a sus hijos y cuecen sus cuerpos para alimentarse de ellos. Las fieras, aficionadas a los cadáveres de los muertos por la espada, por el hambre y por la peste, destrozán hasta a los hombres más fuertes, y cebándose en sus miembros, se encarnizan cada vez más para la destrucción del género humano. De esta suerte, exacerbadas en todo el orbe las cuatro plagas: el hierro, el hambre, la peste y las fieras, cúmplense las predicciones que hizo el Señor por boca de sus Profetas.* Para el saqueo de Bracara Augusta consultar Hyd., *Chr.*, 172-175.

<sup>7</sup> Hyd., *Chr.*, 179.

en ciudades, padeciendo grandes hambrunas y practicando el canibalismo<sup>8</sup>. Ciertamente si damos crédito a los textos citados, es difícil discutir la existencia real de un auténtico declive en lo relativo a la vida urbana<sup>9</sup>. Ahora bien, si tenemos en cuenta algunos datos, tal y como han hecho notables investigadores, declaraciones como las de Ausonio, pierden valor. Estas se realizaron a través de su correspondencia con Paulino hacia el 390-394 d.C., desde un conocimiento puramente literario de *Hispania* y bajo una forma de expresión estrictamente poética, por medio de la cual, se lamenta de la lejanía de su amigo y de la ausencia a la que le somete la distancia, arremetiendo contra la tierra que acoge a su querido Paulino como forma de manifestar su dolor. Este argumento, toma aún una fuerza mayor, si tenemos en cuenta que en otras obras suyas, el propio Ausonio, hace una descripción más medida, objetiva, positiva de ciudades como *Ilerda*<sup>10</sup>, *Caesaraugusta*, *Barcino o Tarraco*<sup>11</sup>. Así mismo, hemos de tener presentes otros testimonios literarios que nos transmiten una imagen más optimista de nuestros centros bajoimperiales. Prudencio, por ejemplo, nos habla ya en el siglo V de la importancia y actividad cuando menos religiosa, de núcleos como *Calagurris*<sup>12</sup>.

Como hemos visto, las fuentes literarias para el estudio de la *diocesis Hispaniarum* durante el Bajo Imperio, son escasas, pesimistas en su percepción de la realidad urbana, y están dotadas de cierto grado, nada desdeñable de subjetividad. Ahora bien, del estudio de algunas de las fuentes arqueológicas, se extraen otros resultados bien distintos. En lo referente a las ciudades en el siglo IV, y aunque bien es cierto que varias de ellas se veían ya sumidas en un proceso irreversible de decadencia, se ha demostrado que se produjo una intensa revitalización urbana, tal y como se ha demostrado en minuciosos y extensos trabajos<sup>13</sup>. Para la quinta centu-

<sup>8</sup> Olymp., *frg.*, 30.

<sup>9</sup> Y quizás debamos revisar estas postura y hacer un ejercicio de revalorización de la misma al menos para ciertos casos, pues los estudios han constatado la desaparición total de algunos núcleos como en el caso de Saguntum, Lucentum y el Portus Illicitanus. Páginas adelante, volveremos sobre el tema y argumentaremos a favor de revisar y ponderar adecuadamente esta postura cuando menos para algunas regiones o enclaves concretos. Para más información sobre el fin de las citadas urbes consultar: S. Gutiérrez Lloret, "La ciudad en la Antigüedad Tardía en el Sureste y en la provincia *Carthaginiensis*: La reviviscencia urbana en el marco del conflicto greco-gótico", 1999, 104-105 en L. García Moreno-S. Rascón Marqués (Eds.), *Complutum y las ciudades hispanas en la Antigüedad Tardía, Acta Antiqua Complutensia I, Actas del I encuentro Hispania en la Antigüedad Tardía*. Alcalá de Henares, 16 de Octubre de 1996.

<sup>10</sup> Aus., *Comm. Prof. Burdg.*, 23.

<sup>11</sup> Paul a Aus., *Ep.*, 31, 221 y ss.

<sup>12</sup> Prud., *Perist.*, I, 94. La cuestión sobre la escasez de fuentes para el conocimiento de las ciudades hispanas y su interpretación en el siglo IV principios del V, está magníficamente expuesta y desarrollada en una obra, que ya es un clásico sobre el Bajo Imperio en la *diocesis Hispaniarum*: J. Arce, *El último siglo de la España romana (284-409 d. C.)*, Madrid, 1994, 85-91.

<sup>13</sup> Francisco Javier García de Castro, *Sociedad y Poblamiento en la Hispania del siglo IV d.C.*, Valladolid, 1995.

ria, y en lo tocante a las invasiones, parece ser que ni que todas las ciudades fueron destruidas en un primer momento o posteriormente por las luchas entre pueblos invasores, aunque sí que conocemos algunos casos como el ya citado de *Bracara*, *Conimbriga* o el de *Asturica Augusta*<sup>14</sup>, ni muchas otras perdieron totalmente su actividad. Hoy día, se deja a un lado el carácter despoblador y catastrófico que se atribuyó en un principio a las penetraciones de Suevos, Vándalos y Alanos, considerando que las rapiñas y saqueos más fuertes debieron sucederse en los primeros momentos, para descender tras el asentamiento<sup>15</sup>, a la vez que se estudia cada caso concreto con la adecuada intención de matizar.

La conjunción de análisis de las fuentes y estudios arqueológicos, ha dado lugar a que los investigadores precisen las afirmaciones que se realizaron hace ya tiempo desde el desconocimiento de la realidad arqueológica, y así hoy, hayan llegado a afirmar, que es necesario precisar la teoría de la decadencia en cuestión<sup>16</sup>. De hecho según la opinión de muchos de ellos, es más acertado hablar más de una transformación en cuanto a la vida urbana y su carácter, que de un retroceso, ya que la ciudad durante el Bajo Imperio determinó un espacio distinto, tanto jurídica como políticamente<sup>17</sup>. Otros van más allá y afirman que este proceso de cambio generó una auténtica dinámica de reviviscencia urbana<sup>18</sup>, por lo que la Antigüedad Tardía no fue un momento de decadencia ciudadana generalizada, ni si quiera en Occidente, donde los problemas políticos y económicos junto con las invasiones causaron mayores estragos. Desde su punto de vista, se impone un cambio en la interpretación de los datos y la necesidad de realizar muchas matizaciones que permiten hablar de evolución o metamorfosis, de mutaciones y no de declive, evitando una vez más, extrapolar situaciones que pueden ser ciertas en algunas regiones del Imperio, como en la abandonada Britania, en la Galia al norte del Loira o en las regiones danubianas, pero no en otras como por ejemplo las riberas mediterráneas<sup>19</sup>. Por lo tanto, y siempre desde su propio punto de vista, se ha de plantear el tema en

<sup>14</sup> T. Mañanes, *Astorga romana y su entorno*, Valladolid, 1983, 11-21.

<sup>15</sup> J.J. Sayas Abengoechea y L.A. García Moreno, *Romanismo y germanismo. El despertar de los pueblos hispánicos (s. IV-X)*, Barcelona, 1987, 279.

<sup>16</sup> J. Arce, *El último siglo...*, 86.

<sup>17</sup> X. Barral, "La cristianización de las ciudades romanas de *Hispania*", *Extremadura arqueológica*, III, 1992, 51-55; J.M. Abascal y U. Espinosa, *La ciudad hispano-romana. Privilegio y poder*, Logroño, 1989, 230.

<sup>18</sup> S. Gutiérrez Lloret, "La ciudad en...", 121-128 y J.A. Abásolo; "La ciudad romana...", 87, en L. García Moreno-S. Rascón Marqués (eds.), *Complutum y las ciudades hispanas en la Antigüedad Tardía*, *Acta Antiqua Complutensia I, Actas del I encuentro Hispania en la Antigüedad Tardía*. Alcalá de Henares, 16 de Octubre de 1996.

<sup>19</sup> M<sup>a</sup> Elvira Gil Egea y M. Vallejo Girvés, "Revisión de algunos mitos historiográficos de la Antigüedad Tardía", *Historia Abierta* 33, 2003, 11, publicación incluida en la Revista del Colegio de Licenciados y Doctores, n<sup>o</sup> 149, 2003.

términos de transformación urbana, dentro un panorama general de contracción, visible en cambios característicos en la topografía ciudadana<sup>20</sup>.

En mi opinión, y como ya he destacado líneas atrás, la decadencia urbana bajoimperial en la *diocesis Hispaniarum*, es un hecho y un proceso innegable a lo largo de los siglos IV y V d.C., del que la metamorfosis es consecuencia. Ahora bien, ante la escasez, el tono negativo y la nula imparcialidad de las fuentes literarias, los desiguales resultados arrojados por la arqueología en el estudio de cada una de las urbes bajoimperiales y de las consecuencias de las invasiones en cada una de ellas, resulta difícil hacer afirmaciones generales que sean igualmente válidas para todas y cada una de las ciudades hispanas tardorromanas, dado lo cual es arriesgado realizar extrapolaciones o proyecciones sobre nuestros núcleos a partir de otros núcleos del Imperio. El siglo V constituye un periodo especialmente convulso dentro de nuestra historia, a lo que hemos de sumar la desigual situación de las provincias y urbes de la *diocesis Hispaniarum* en el siglo IV, por lo que resulta necesario y acertado abordar el estudio del siglo sirviéndonos de monografías e investigaciones detalladas y minuciosas de cada una de las metrópolis, que nos permitan establecer después las conclusiones generales que se deriven de la misma para según que zonas y regiones y dejando un amplísimo margen para las matizaciones, ya que como ya hemos citado, la situación de *Hispania*, no era uniforme. No obstante y pese a estas precauciones, un estudio amplio del territorio que nos ocupa, nos revela la existencia de rasgos comunes y definitorios del declive que vivían la mayor parte de nuestras ciudades tardías. Enumerarlos, dar razón de ellos y sistematizarlos, es la labor que acometemos a continuación.

#### **TESTIMONIOS ARQUEOLÓGICOS Y CONDUCTAS SOCIALES, QUE EVIDENCIAN AL DECLIVE URBANO TARDOIMPERIAL, EN LA DIÓCESIS *HISPANIARUM***

##### **La erección de defensas y la reocupación de hábitat, como fruto de un auténtico clima de inseguridad entre la población**

El primero de los síntomas de decadencia urbana, fue la reconstrucción y erección de murallas que ciñeran y resguardaran las ciudades, como consecuencia de un auténtico clima de inseguridad entre la población del Imperio en general y entre la hispanorromana en particular, siendo esta la razón fundamental de erección de las mismas y no otra.

Para múltiples estudiosos, esta teoría carece de validez, siendo precisamente la erección de murallas, una de las razones fundamentales que esgrimen para desmentir la teoría tradicional de la decadencia bajoimperial. De hecho argumentan, que la

<sup>20</sup> A. Cameron, *El mundo mediterráneo en la Antigüedad Tardía (395-600 d.C.)*, Barcelona, 1998, 171.

realización de semejante obras, es un síntoma inequívoco, de la vitalidad y potencia mostrada por las urbes de todo tamaño y condición. En su opinión, la justificación fundamental de estas defensas se halla en el deseo de prosperidad y embellecimiento urbano de sus oligarquías municipales<sup>21</sup> y de la propia autoridad imperial, que les instaba a ello<sup>22</sup>. Es más, cuestionan su papel defensivo y el tan cacareado clima de inseguridad reinante, ya que el siglo IV se manifestó como una centuria de calma y fortaleza, en la que no se ha podido verificar, al menos para el caso de *Hispania*, amenazas exteriores<sup>23</sup>.

Cabe preguntarse si los hispanorromanos del momento vivieron esta cuarta centuria como un período de paz y seguridad o es simplemente la impresión que tenemos los estudiosos de hoy día, una vez analizado el siglo y constatada la ausencia de acontecimientos bélicos en nuestro país. Porque lo que sí es evidente es que al igual que llegaban todo tipo de modas y tendencias a la Península<sup>24</sup>, también se recibían noticias, siendo muy posible que en el ánimo de los hispanos, pesasen las cuantiosas penetraciones bárbaras que se dieron más allá del *limes*, las numerosas usurpaciones y las guerras intestinas por el trono imperial, que a lo largo del siglo IV, trajeron como consecuencia muertes, saqueos, y destrucciones que de algún modo debieron minar la confianza de los habitantes del Imperio en el poder del estado y en la eficacia de su ejército. Sin remontarnos demasiado en la cuarta centuria, sólo hasta la proclamación de Joviano como emperador en el año 363 d.C., asistimos a los siguientes y conflictivos acontecimientos: en el 364 los alamanes invadieron la Galia, en el 367 Valente hubo de hacer frente a los godos, en el 370 Valentiniano se enfrentó a los burgundios, francos y sajones, en el 374 Panonia fue invadida por cuados y sármatas, en el 376 los godos invadieron y devastaron Tracia, en el 378 bajo las órdenes de Frigiterno, aniquilaron al ejército romano en Adrianópolis, en el 383 los pictos, scotos y piratas frisonos y sajones invadieron Inglaterra, provocando el éxodo de los bretones insulares a Armórica, en el 396 los godos al mando de Alarico invadieron Tracia, Macedonia y Tesalia, en el 400 Ala-

<sup>21</sup> Entre estos argumentos se apunta que la construcción y reparación de murallas a lo largo del siglo IV, responde no tanto como una reacción ante una posible amenaza exterior, como a un momento de prosperidad urbana. M<sup>a</sup> Elvira Gil Egea y M. Vallejo Girvés, “Revisión de algunos...”, 23.

<sup>22</sup> *CTh.* 11.17.4; 15.1.49 y 15.1.34. Para más información sobre el tema, consultar: J. Arce, *El último siglo...*, 73 y 74.

<sup>23</sup> En esta línea se manifiesta investigadores que ven en la erección de murallas, un deseo de imitar a la urbe de Roma, imagen a su vez del Imperio, y sólo en un caso secundario tendrían una función defensiva, siendo la esencial de carácter simbólico. Para más información en este sentido, A. Fuentes Domínguez, “Aproximación a la ciudad hispana de los siglos IV y V d.C.”, 1999, 31-34 en L. García Moreno-S. Rascón Marqués (eds.), *Complutum y las ciudades hispanas en la Antigüedad Tardía, Acta Antiqua Complutensis I, Actas del I encuentro Hispania en la Antigüedad Tardía*. Alcalá de Henares, 16 de Octubre de 1996.

<sup>24</sup> J.M. Blázquez, “La sociedad hispana del Bajo Imperio a través de sus mosaicos”, *Congreso Internacional La Hispania de Teodosio*, Vol. 2, 1997,401-402.

rico atravesó Panonia en dirección a Occidente<sup>25</sup>. A estos sucesos, hemos de sumar sin entrar en más detalles, el elenco de usurpaciones y enfrentamientos civiles – Magnencio hacia el 350, Juliano en el 360, Máximo en el 383 d.C.- tan viejos y habituales en el Imperio Romano, como inquietantes y desestabilizadores. Acontecimientos todos ellos, que aunque lejanos, no debieron de contribuir a mantener la confianza en un ejército insuficiente como para asegurar el *limes* y en un emperador y un estado de dudosa estabilidad. Existían pues sobradas razones para que entre la población se viviese un auténtico clima de inseguridad.

Con toda certeza, la existencia de este auténtico clima de inseguridad en la *Diocesis Hispaniarum*, estuvo ligado a la proliferación bajoimperial de hábitat no urbanos, igualmente ceñidos por murallas o enclavados en altozanos con una función evidentemente defensiva. ¿Cómo si no puede explicarse la existencia ya en el siglo IV y más aún en el V, de *villae* fortificadas, tales como la de Granja de Escarpe, ubicada en Lérida<sup>26</sup>; la de Salinillas de Buradón, localizada en Álava y asentada en una altura aprovechando un antiguo castro prerromano<sup>27</sup>; la de Ortila, en Huesca, activa hasta el primer cuarto del siglo V y amurallada con sillares de gran potencia<sup>28</sup>; o las defensas del poblado de Suellacabras, en Soria<sup>29</sup>, entre otros? Evidentemente, estos asentamientos no se amurallaron con una intención de elevar su rango o prestigio, sino por un temor real y una necesidad evidente de defensa.

Idéntica situación y necesidad se manifestó en el activo proceso de recuperación de castros que se vivió en época tardorromana. No siendo este, un fenómeno alentado por la política y la legislación imperial, o por la reputación que pudiera adquirir la población al trasladarse a tan singular emplazamiento, sino más bien por las necesidades defensivas y el clima de inseguridad que vivía el Imperio. Este tipo de hábitat, localizado en alturas de difícil acceso, fácil defensa y dotado de muros o murallas<sup>30</sup>, se dio con especial incidencia en el norte peninsular, excepto en la región occidental asturiana<sup>31</sup>, teniendo una presencia destacada y muy numerosa en la provincia de Burgos, donde el 20% del hábitat rural del Bajo Imperio eran castros reocupados<sup>32</sup>, y en los territorios de Soria<sup>33</sup> y Murcia<sup>34</sup>. Aunque en menor medida,

<sup>25</sup> J.M. Roldán Hervás, *Historia de Roma*, Salamanca 1998, 483 y ss.

<sup>26</sup> J.G. Gorges, *Les villas hispano-romaines*, París 1979, 285.

<sup>27</sup> A. Martínez Salcedo y J.J. Cepeda Ocampo, “Conjunto arqueológico de Buradón”, *Arkeoikuska* 93, 1994, 257-270.

<sup>28</sup> J.P. Peralta y J.J. Sánchez Nuviala, “Una villa romana en El Torreón (Ortila, Huesca)”, *Boletín del MZarag* 3, 1984, 206-232.

<sup>29</sup> B. Taracena Aguirre, *Carta arqueológica de España. Soria*, Madrid 1941, 156-157.

<sup>30</sup> F.J. García de Castro, “El poblamiento tardío de Soria y su significado en el contexto histórico de Hispania romana durante el siglo IV d.C.”, *Celtiberia* Vol. XLII, 1994, 13.

<sup>31</sup> J.L. Maya González, “Hábitat y cronología de la cultura castreña en Asturias”, *Portugalia* IV-V, 1983/1984, 198.

<sup>32</sup> C. García Merino, *Población y poblamiento en la Hispania Romana. El Conventus Cluniensis*, Valladolid, 1975, 233-234 y 243-244.

tenemos ejemplos en la mayor parte de *Hispania*: en Solosancho, Cabeza de Navasangil, Ávila, entre los siglos V al VII d.C.<sup>35</sup>; en Salceda de Caselas<sup>36</sup> y en Penadominga<sup>37</sup>, ambos en las provincia de Lugo; en el burgalés municipio de La Nuez de Abajo, en un cercano páramo<sup>38</sup>; en el área de Lorca, Murcia, donde aparecen varios de estos asentamientos de época tardorromana en Los Hermanillos, Cabezo de la Encantada, y Cabezo Redondo<sup>39</sup>; y en el Castillo, el Royo, provincia de Soria, donde se ubica el castro amurallado indígena de Torretarrancho, y de cronología tardorromana al igual que el de Torre Vicente<sup>40</sup>. Del mismo modo se localizan en territorio portugués: al sudeste do Cacem, en la región de Extremadura<sup>41</sup>; en Monte de Santa María, Fiães, Feira, región de Beira Litoral, donde fue ocupado en el siglo I d.C., y reocupado en el IV hasta el siglo V d.C.<sup>42</sup>; y en varios puntos más en la región portuguesa de Minho: Fiães, Faria, Barcelos, Falperra<sup>43</sup>.

Así mismo, la ocupación de cuevas en el Bajo Imperio, sobre todo en Vascongadas, en las provincias de Álava<sup>44</sup> y Vizcaya<sup>45</sup>, tuvo su origen en la inestabilidad política generada por los ataques de bagaudas e invasiones bárbaras, que truncan la vida de los, ya de por sí, decadentes municipios hispanorromanos. Este peligro unido a la escasa romanización de esta región, y a sus tradicionales formas de vida, basadas en el pastoreo nómada<sup>46</sup>, propiciaron la reocupación de estas oquedades<sup>47</sup>.

<sup>33</sup> C. García Merino, *Población y poblamiento...*, 304-305; F.J. García de Castro, "El poblamiento tardío...", 12-13.

<sup>34</sup> A. Martínez Rodríguez, "Aproximación al poblamiento tardorromano en el norte del municipio de Lorca", *ACrist V*, 1988, 547-558.

<sup>35</sup> VV.AA., *Historia de Ávila I. Prehistoria e Historia Antigua*, Ávila, 1995, 342.

<sup>36</sup> F. Arias Vilas, "Castro de Viladonga. Castro de Rei (Lugo.) Campaña 1983", *Arqueología/Memorias 2*, 1985.

<sup>37</sup> L.X. Carballo Arceo, "Dous novos soportes de asas de época romana", *BMPL 2*, 1984, 235-237.

<sup>38</sup> J.A. Abásolo Álvarez e I. Ruiz Vélez, *Carta arqueológica de la provincia de Burgos. Partido judicial de Burgos*, Burgos, 1977, 38-39.

<sup>39</sup> F.J. García de Castro, *Sociedad y Poblamiento...*, 112.

<sup>40</sup> F.J. García de Castro, "El poblamiento tardío...", 13.

<sup>41</sup> M<sup>a</sup>. García Pereira Maia, "Contributos para as cartas de distribuição em Portugal da sigillata Lucente e da Late Roman C Ware", *Actas das III Jornadas Arqueológicas I*, 1978, 295 y ss.

<sup>42</sup> C.A. Ferreira de Almeida Y E. Dos Santos, "O castro de Fiães (II)", *Revista de Faculdade de Letras. Historia III*, 1972, 207-214.

<sup>43</sup> C.A. Ferreira de Almeida, "Notas sobre Alta Idade Média no Noroeste de Portugal. Epoca Paleocristiã", *Revista da Faculdade de Letras. Historia*, Porto III, 1972, 119-120.

<sup>44</sup> E. Gil Zubillaga e I. Filloy Nieva, "Estudio arqueológico de los precedentes en torno a Vitoria-Gasteiz (Bronce final-Edad de Hierro-Romanización)", *EAA 16*; 1988, 455 y ss.

<sup>45</sup> J. L. Arribas Pastor, "Memoria de la IV campaña de excavaciones en la cueva de Lumnetxa (Lekeito, Bizkaia)", *Kobie 17*, 1988, 248-255.

<sup>46</sup> Sin duda esta ocupación económica, el pastoreo, es una de las razones fundamentales por las que el fenómeno de reocupación de cuevas, se da con especial incidencia en las regiones del norte peninsu-

Ejemplos de su habitabilidad se constatan en Lakozmonte, en Jocano, Álava<sup>48</sup>, o en el lugar conocido como Santorkaia, en la Puebla de Arganzón, situada en el burgalés Condado de Treviño<sup>49</sup>. Otros lugares de aparición son Orense, Navarra, Castellón o Murcia, donde en ocasiones cobijaban a comunidades monacales o a ascetas de la época<sup>50</sup>, al igual que sucede en el norte de la provincia de Burgos<sup>51</sup>.

Una realidad más que viene en apoyo de la teoría que ampara la existencia de una sensación real de inseguridad, es la necesidad de defensa que muchas de las *villae* tardoimperiales, especialmente las más importantes y ricas de la Meseta, manifestaron a través del reclutamiento de ejércitos privados que protegían las posesiones y a sus moradores<sup>52</sup>, dato este que ha servido para teorizar y ofrecer una adscripción, a los ajuares de tipo germánico que aparecen en las denominadas y polémicas *necrópolis del Duero*<sup>53</sup>. A juzgar por las fuentes, cuando menos el temor y probablemente el peligro debían ser considerables, pues igualmente considerables eran los ejércitos privados de los ricos *possessores* de las *villae*, como aquel con el que presentaron una dura resistencia en los pasos pirenaicos, los primos de Honorio, Dídimo y Veriniano, a las tropas del usurpador Constante y sus aliados bárbaros<sup>54</sup>. La existencia de milicias privadas en los siglos Bajo Imperiales, está bien

---

lar, que mantenían una economía no tanto agraria sino ganadera, lo que posibilitó un conocimiento de estas oquedades, utilizadas como viviendas ocasionales por los pastores y del posible uso que se podía hacer de las mismas en diferentes situaciones.

<sup>47</sup> M. Esteban Delgado, *El País Vasco Atlántico en época romana*, San Sebastián, 1990, 364.

<sup>48</sup> A. Llanos Ortiz de Landaluze, "Excavaciones en la cavidad de Solacueva de Lakozmonte (Jocano, Álava)", *Cuadernos de la Sección de Prehistoria y Arqueología* 4, 1991, 121-155.

<sup>49</sup> A. Azcárate Garai-Olaun, *Arqueología cristiana de la Antigüedad Tardía en Álava, Guipúzcoa y Vizcaya*, Vitoria, 1988, 256.

<sup>50</sup> A. González Blanco, "La población del Sureste durante los siglos oscuros (S. IV-X)", *ACrist V*, 1988, 11-27.

<sup>51</sup> I. Ruiz Vélez *et alii*, *Arqueología del norte de Burgos*, Burgos, 1987, 135.

<sup>52</sup> R. Sanz, "Aproximación al estudio de los ejércitos privados en Hispania durante la Antigüedad Tardía", *Gerión* 4, 1985, 226-264; A. Rodríguez Colmenero, *Galicie Meridional Romana*, Bilbao 1977, 286-287. J.M. Blázquez, *Urbanismo y Sociedad en Hispania*, Madrid, 1991, 409.

<sup>53</sup> J.J. Sayas Abengoechea, "El territorio palentino durante el Bajo Imperio", *Actas del II Congreso de Historia de Palencia I*, 1990, 687-89. J.M. Blázquez, *Nuevos estudios sobre la romanización*, Madrid 1989, 617; J. Arce, *El último siglo...*, 77-80; P. de Palol, "Necrópolis hispanorromanas del siglo IV en el Valle del Duero, III", *BSAA XXXVI*, 1970; 205-236.

<sup>54</sup> Oros., *Hist.*, VII, 40, 5-7. Envía magistrados a las Hispanias; y aunque las provincias hispanas recibieran a estos magistrados con obediencia, dos jóvenes hermanos, nobles y ricos, Dídimo y Veriniano, tramaron, no usurpar el mando en contra del usurpador, sino defenderse a sí mismos y a su patria contra el usurpador y contra los bárbaros a favor del de su auténtico emperador. Esto quedó claro por la propia sucesión de los hechos. Efectivamente, nadie hace una usurpación sino tras madurarla por sorpresa, llevándola a cabo después en secreto y defendiendo su posición después públicamente; y el éxito de esta acción consiste en que te vean con la diadema y la púrpura ya tomadas, antes de que sepan quien eres. Estos, sin embargo, reuniendo durante mucho tiempo sólo a jóvenes esclavos de sus propias fincas y alimentándolos con dinero de sus casas, se dirigen a los desfiladeros del Pirineo sin ocultar su propósito y sin inquietar a nadie. Y también en Zósimo, *HN*, VI, 4, 3-4. Tras designar

documentada por autores tales como Claudio Claudiano<sup>55</sup> y Sinesio<sup>56</sup>, a la vez que refuerza y constata la existencia de un clima general de inseguridad, de una desconfianza profunda en las autoridades estatales, en el ejército imperial e indirectamente, justifica la motivación defensiva en la erección de murallas.

Y es que el peligro, que generaba esa sensación de indefensión entre la población, fue una realidad palpable en época tardorromana en tierras hispanas. No sólo asustaban a las gentes las noticias llegadas de otras provincias del Imperio sobre la ruptura del *limes* y los saqueos de los bárbaros, sino que se tenían motivos más cercanos para albergar temor, por ejemplo las incursiones de cántaros y astures sobre el territorio de vacceos en el Valle del Duero, de los turmódigos en el Valle Superior del Pisuerga y de los autrigones en el Valle Superior del Ebro<sup>57</sup>, o la proximidad de la bagauda gala que venía azotando el sur de país vecino desde el gobierno de Galieno, y que terminó llegando a la *diocesis Hispaniarum* en la primera mitad del siglo V d.C.<sup>58</sup>, actuando de forma virulenta especialmente en la provincia *Tarraconensis*, en la región del curso medio del río Ebro y en las regiones menos romanizadas como *Gallaecia* y las Provincias Vascongadas<sup>59</sup>. Eso, por no citar la realidad de las invasiones de inicios de la quinta centuria.

Por todas estas razones expuestas en las páginas precedentes, en mi opinión y sin negar por ello la reputación y embellecimiento que conferían a la población la erección de murallas, e incluso una cierta motivación de este tipo aunque siempre secundaria a la hora de erigir estas obras, las defensas urbanas hispanas del Bajo Imperio, tuvieron primordialmente una función defensiva<sup>60</sup>, fruto de un auténtico

---

magistrados civiles toma (prisioneros) por medio de estos a aquellos parientes del emperador Teodosio que sembraban la turbulencia en los asuntos de Iberia, pues primero habían emprendido la guerra contra el mismo Constante valiéndose de las legiones de Lusitania, y a continuación, cuando se percataron de que estaban en desventaja, habían puesto en pie de guerra una multitud de siervos y campesinos con los que a punto estuvieron de colocarle en situación sumamente apurada.

<sup>55</sup> Claudio Claudiano, *In Ruf.* 2.70-77.

<sup>56</sup> Silesio, *De regio*, 15.

<sup>57</sup> J.M. Blázquez, *Urbanismo y Sociedad...*, 411.

<sup>58</sup> J.M. Blázquez, *Aportaciones al estudio de la España Romana en el Bajo Imperio*, Madrid, 1990, 167.

<sup>59</sup> A. Cabo y M. Vigil, *Historia de España I. Condicionamientos geográficos. Edad Antigua*, Madrid, 1973, 437-438.

<sup>60</sup> En todo caso las únicas ciudades que quizás, en caso de haberlo hecho, pudieron albergar alguna intención de competir estética o simbólicamente entre sí, debieron ser las capitales provinciales o grandes y potentes urbes tales como Barcino o Hispalis, que incluso rivalizaban en vitalidad con sus capitales provinciales, aunque insisto de nuevo que las ciudades de este dinamismo eran escasas. Sin embargo, hemos de pensar una vez más, que fue el temor a ser las primeras en ser saqueadas, tanto por sus notables comunicaciones, dimensiones y posibilidades de botín, las que les llevaron a amurallarse desde un primer momento. Para más información consultar: F.J. Gómez Fernández, "Estado y distribución del poblamiento en la Hispania del siglo V d.C." *HAnt* XXIII, 1999, *Ibidem*, "Augusta Emerita en el transcurso del siglo V. Morfología y vitalidad urbana", *HAnt* XXVII, 2003; *Ibidem*, "Tarraco en

clima de inseguridad política. Esta función, se manifestó de forma evidente en la *diocesis Hispaniarum*, en los inicios del siglo V d.C., a la llegada de suevos, vándalos y alanos y posteriormente visigodos como federados de Roma, que provocaron una dinámica belicista y una serie de enfrentamientos como no se había conocido en muchos siglos, dando un protagonismo fundamental a las murallas, como primera línea de defensa urbana.

Así mismo, la erección de estas defensas no estaba ligada a razones de carácter estético, simbólico u oficial, sino a una auténtica necesidad de protección, ya que estas obras caras, costeadas por la propia urbe<sup>61</sup>, se dieron en la totalidad de las ciudades hispanas, incluso en aquellas que estaban en una innegable decadencia, visible en la ruina de sus foros, circos y teatros, y en el abandono de sus obras de primera necesidad -cloacas y acueductos-, y de las que hablaremos más adelante; ya que ante esta constatación, surge inevitablemente una pregunta: ¿No resulta ilógico, que ciudades tan postradas, prestasen atención a un mandato imperial y a una mera cuestión de prestigio, e invirtiesen una considerable cantidad de dinero, no en mejoras de primera necesidad para su población, sino en levantar unas murallas que les permitiese asemejarse a la gran urbe imperial? No, si la razón es una, la supervivencia de la población.

### **La reducción del perímetro urbano, como síntoma de pérdida de población**

A esta consecuencia del clima de incertidumbre y temor que fue la erección de murallas, hemos de incorporar a su vez una secuela de la misma que es conveniente tratar, ya que se considera como una característica de la urbe tardorromana y una manifestación de su declive. Me estoy refiriendo a la reducción del perímetro de algunas ciudades bajoimperiales<sup>62</sup>, interpretado habitualmente como un síntoma de pérdida de población y por tanto de decadencia. Hemos de decir que en los siglos IV y V d.C., este es un fenómeno habitual en la *diocesis Hispaniarum*, aunque también nos encontramos con urbes que no disminuyeron su superficie.

Entre estas últimas nos encontramos con *Lucus Augusti*, la actual Lugo. Núcleo dotado de una notable ocupación bajoimperial<sup>63</sup>, y ceñido de murallas construidas entre fines de la tercera y principios de la cuarta centuria, que vio en estos siglos tardíos como a pesar de tener una importante actividad, un desplazamiento

---

el siglo V d.C. Morfología y vitalidad urbana”, *HAnt* XXV, 2001; *Ibidem*, “Cuatro capitales provinciales en el transcurso del siglo V d.C.”, *HAnt* XXVI, 2002.

<sup>61</sup> J.M. Blázquez, *Urbanismo y Sociedad...*, 403.

<sup>62</sup> Para algunos investigadores, este dato es intrascendente y no indica nada según sus propios estudios. Para más información en este sentido, A. Fuentes Domínguez, “Aproximación a la...” 34.

<sup>63</sup> F. Arias Vilas, “Excavaciones arqueológicas en la ciudad de Lugo, agosto 1973”, *NAH* 5, Arqueología, 1977, 47-53.

de la población de la ciudad al norte de la misma o a los castros próximos<sup>64</sup>, produciendo un notable desdoblamiento ciudadano<sup>65</sup>, pese a lo cual el perímetro urbano no decreció<sup>66</sup>.

Un caso particular nos presenta la ciudad de *Ilerda*, la actual Lérida, tan denostada por Ausonio a fines del IV, en sus cartas a su amigo Paulino de Nola, como considerada por él mismo autor en la *Commemoratio Prof. Burdigalensium*, en la que objetivamente da noticias de una ciudad provinciana dotada de cierto nivel de vida urbana<sup>67</sup>. Pese a estar fuertemente afectada por la crisis del siglo III, inició desde el año 350, una rápida recuperación que se estabilizó en el 410<sup>68</sup>. Amurallada en el siglo IV, la ciudad, asistió a una importante dinámica constructiva de templos cristianos erigidos sobre otros paganos, ampliando su perímetro urbano<sup>69</sup>.

Cierto desacuerdo y polémica caracterizan el caso de una de las más importantes urbes bajoimperiales, el de la *Colonia Iulia Augusta Paterna Faventia Barcino*, Barcelona, la cual presentaba tal vitalidad, que comenzaba ya a competir con la propia capital provincial, *Tarraco*<sup>70</sup>. Según algunos autores la ciudad no sufrió una reforma sustancial entre el Alto y Bajo Imperio, pues la muralla tardía discurrió sobre la augustea, luego la ciudad no redujo sus dimensiones<sup>71</sup>. Según otros, el perímetro de la muralla tardía, es más reducido que su homólogo altoimperial, lo cual nos hace pensar en un descenso poblacional de la urbe<sup>72</sup>.

Entre los núcleos que redujeron su perímetro urbano, encontramos algunos de la importancia de *Valentia*, la actual Valencia, que ya en el siglo III sufrió una primera contracción de su espacio<sup>73</sup>, para vivir en el siglo VI una nueva reducción<sup>74</sup>. Caso similar es el de la capital de la provincia *Carthaginense*, *Carthago Nova*, que aún siendo una ciudad importante dotada de actividad en sus termas y vida admi-

<sup>64</sup> Un evidente síntoma más del miedo y clima de inseguridad reinante en estos siglos, en los que incluso una ciudad dotada de importante actividad y atractivos para la población, es abandonada por parte de sus habitantes, en beneficio de hábitat de características menos atractivas tanto económica, social y espiritualmente, pero de posibilidades defensivas mayores.

<sup>65</sup> A. de Abel Vilela y F. Arias Vilas, *Guía arqueológica romana de Lugo y su provincia*, Lugo, 1975, 14-45.

<sup>66</sup> F. Arias Vilas y M. Cavada Nieto, "Galicia bajorromana", *Gallaecia* 3/4, 1979, 92-93.

<sup>67</sup> A. Pérez Almuoguer, *Lleida romana*, Lleida, 1991, 115-117.

<sup>68</sup> F. Lara Peinado, *Lérida romana*, Lérida, 1973, 32.

<sup>69</sup> R. Pita Mercé, *Lérida Paleocristiana*, Lérida, 1973, 30.

<sup>70</sup> J. Arce, *El último siglo...*, 94.

<sup>71</sup> VV. AA., *La ciudad hispanorromana*, Barcelona, 1993, 77-79.

<sup>72</sup> A. Balil, "Colonia Iulia Augusta Paterna Faventia Barcino", *Bibliotheca Archaeologica* IV, Madrid, 1964, 89.

<sup>73</sup> VV.AA., *Valencia romana (Els orogens de la Ciutat)*, Valencia, 1984.

<sup>74</sup> A. Fernández Izquierdo, "Estado actual de la investigación arqueológica valenciana. Romanización", *CNA* XIX, 1989", 693 y ss.

nistrativa, presentaba ya en el Bajo Imperio, una reducción del perímetro urbano<sup>75</sup>, y un claro declive en la quinta centuria<sup>76</sup>. Y el caso más significativo, es sin embargo, el de *Emerita Augusta*, capital de la *diocesis Hispaniarum*, la más potente y dinámica urbe de cuantas había en la Península<sup>77</sup>. Habitada según estimaciones por unas treinta mil personas<sup>78</sup>, experimentó una notable reducción de sus dimensiones, signo de una evidente regresión demográfica<sup>79</sup>.

Ante estos hechos y circunstancias cabe preguntarse si el fenómeno de la reducción del perímetro urbano ha de ser considerado como una evidencia del descenso poblacional de la ciudad. La lógica, hace pensar que así es, ya que limita las posibilidades de crecimiento de la ciudad, restringiéndola a un espacio fijo el cual no puede rebasar. Ahora bien, es posible y de hecho sabemos de la existencia de ciertos barrios suburbanos en determinadas ciudades, más allá de los límites de la muralla. Pero, ¿en cuantas ciudades se da? ¿Qué dimensiones tienen estos barrios y a cuanta población albergaban? Desde luego, que existen estos suburbios en urbes tales como *Emerita*, *Barcino* y *Tarraco*, pero posiblemente más como herencia de momentos anteriores al Bajo Imperio. Aún así, no parece este tipo de poblamiento extramuros, un fenómeno generalizado, presente en la mayor parte de las ciudades hispanas, sino sólo propio de grandes urbes. Muchas ciudades, especialmente las de la meseta, estaban reducidas a simples villorrios, con espacios públicos y edificios de espectáculos derruidos, en los que construir lugares de habitación al cobijo de las murallas, sin necesidad de salir de la protección de los muros. A esto hemos de sumar, según los datos que tenemos, que la mayor parte de las ciudades hispanas no gozaron de tanto atractivo para la población, muy especialmente a fines y posiblemente antes, de la cuarta y principios de la quinta centuria, como para que los habitantes, se aglomerasen alrededor de las mismas una vez desbordada la capacidad intramuros. Más bien, parece que el principal atractivo lo ganaron para sí, las *villae* y los castros<sup>80</sup>.

<sup>75</sup> R. Méndez Ortiz, "El tránsito a la dominación bizantina en Cartagena: las producciones cerámicas de la Plaza de los Tres Reyes", *ACrist* V, 1988, 149-152.

<sup>76</sup> R. Méndez Ortiz, "El tránsito a la...", 76 y ss.

<sup>77</sup> F.J. Gómez Fernández, "*Augusta Emerita*...", 263-279.

<sup>78</sup> J. Menéndez Pidal, "Evolución urbana y demográfica de la ciudad de Mérida", *Gerión*, Anejos I, 1988, 90; F.J. García de Castro, *Sociedad y Poblamiento...*, 202.

<sup>79</sup> L. García Moreno, "Las transformaciones de la topografía de las ciudades en *Lusitania* en la Antigüedad tardía", *REE* I, 1986, 97-114.

<sup>80</sup> Evidentemente toda generalización es arriesgada e injusta con los casos regionales y particulares, sin embargo la intención del artículo es la de dar una visión de las tendencias globales de la diocesis Hispaniarum en el Bajo Imperio, apoyadas en los datos arqueológicos. Sin duda sabrá el lector excusar las imprecisiones cometidas a la espera de un futuro trabajo en el que abordaré la situación de las urbes hispanas por provincias tardorromanas y zonas geográficas. En cualquier caso, considero que las pautas ofrecidas son válidas para la mayor parte del territorio y de los casos, a la vez que marcan la tendencia general del momento.

A lo demás, si admitimos como válida la, creo anteriormente probada, existencia de un clima general de inseguridad, y la función netamente defensiva de las murallas, no podían ser ni muchos ni populosos los barrios extramuros que se construyeron, sino más bien escasos, pues estas viviendas, no gozaban de la protección ofrecida por los muros, y a buen seguro debieron ser las primeras en ser abandonadas en el momento de las invasiones bárbaras.

En cuanto a los núcleos que mantuvieron su perímetro urbano intacto desde el Alto Imperio, hemos de pensar que igualmente mantuvieron una población amplia, al menos en un primer momento, aunque surgen dudas respecto. La mayor parte de recintos murados hispanos, lo hicieron durante el siglo IV<sup>81</sup>, pudiendo perder población en el transcurso del mismo y del siguiente en beneficio de las *villae* y castros, en un proceso de ruralización más que constatado. Del mismo modo, las murallas pudieron ser erigidas sobre las antiguas altoimperiales, por cuestión de trazado o de comodidad, y no responder necesariamente a los criterios numéricos de población. El caso de la urbe de *Lucus Augusti*, apunta en esta dirección, y aunque de una sola situación no debemos extraer conclusiones generales, sí que nos ofrece orientaciones, pautas y pistas para otras posibles.

Lo que no ofrece tales dudas, es el caso de las urbes que como en el caso de *Ilerda*, hubieron de aumentar su perímetro urbano, ya que el esfuerzo económico y material, que suponían estas obras, más aún si había de ampliarse el trazado original, sólo podía estar justificado por una necesidad real de la población.

Así pues en mi opinión, solo en el caso de las urbes que redujeron o aumentaron su perímetro urbano, hemos de deducir que, posiblemente la población aumentó o redujo su componente poblacional. Aun así, habríamos de matizar en cada caso y tener muy presente el grado de vitalidad de la ciudad en cuestión.

### **El abandono, ruina y desmantelamiento del foro, centro neurálgico de la ciudad**

Uno de los síntomas más evidentes de decadencia urbana fue el abandono y desmantelamiento generalizado del que había venido siendo caja de resonancia, centro neurálgico y corazón de la ciudad romana, el foro.

Ya en el siglo IV d.C., tan sólo se encontraban tres centros en toda *Hispania*, en cuyos foros existía actividad, aunque en todos ellos se agotó antes de que terminase la centuria<sup>82</sup>: *Tarraco*<sup>83</sup>, *Corduba*<sup>84</sup> y *Conimbriga*<sup>85</sup>, pudiendo ser este último

<sup>81</sup> C. Fernández Ochoa y A. Morillo, "Fortificaciones urbanas de época bajoimperial en Hispania. Una aproximación crítica", *CUPAUAM* 19, 1992.

<sup>82</sup> F.J. García de Castro, *Sociedad y Poblamiento...*, 216.

el que más dudas arroja en cuanto a su duración temporal, ya que hay datos que hacen sospechar de su actividad hasta el momento definitivo de su ruina, a inicios del siglo V d.C.<sup>86</sup>. El estado de los espacios públicos del resto de ciudades, era de degradación y abandono total. No hay datos de ningún tipo, ni arqueológicos, ni literarios que nos permitan corroborar o suponer actividad en ellos. La evidencia es más bien la contraria. Foros arruinados, reutilizados, desmantelados sus materiales, excavados o usados como vertederos. Tales son los casos de ciudades tan importantes como *Corduba*, Córdoba, cuyo foro colonial es abandonado y posteriormente desmantelado en los primeros años del siglo IV d.C.<sup>87</sup> o como *Baelo Claudia*, Boleonia, en Cádiz donde durante los IV-V d.C., se vivió un progresivo abandono de los espacios y edificios públicos, que presumiblemente fueron desmantelados para reutilizar sus materiales<sup>88</sup>. En la misma situación se hallaba *Tarraco*, que pese a desempeñar una importante función religiosa, administrativa, y política a lo largo del los siglos IV y V, vio como a inicios de este último, el Foro Imperial se transformó en un enorme vertedero<sup>89</sup>. En Ventas de Cáparra, Cáceres, donde se asentó la romana *Capara*, se dio un fenómeno similar, visible en la modificación de sus espacios públicos, tal y como sucedió en la galería del lateral izquierdo del foro, donde se construyó un horno circular<sup>90</sup>. También sus homólogos de *Caesaraugusta*<sup>91</sup>, o *Carthago Nova*<sup>92</sup> se vieron afectadas por idénticos y lastimosos procesos, que denotaban el ocaso de la vida municipal hispana.

<sup>83</sup> R. Mar y Ruiz de Arbulo, “La Basílica de la colonia *Tarraco*. Una nueva interpretación del llamado Foro Bajo de Tarragona”, *Los foros romanos de las provincias occidentales*, Madrid, 1987, 33.

<sup>84</sup> J.L. Jiménez Salvador, “El templo romano de la calle Claudio Marcelo de Córdoba”, *Templos romanos de Hispania*, Murcia, 1992, 130.

<sup>85</sup> J. de Alarcão y R. Etienne, “*Conimbriga*, ville de Lusitainne”, *Latomus* 4, 1979, 889.

<sup>86</sup> J. Alarcão y R. Etienne, *Fouilles de Conimbriga I. L'Architecture*, París, 1977, 165-166.

<sup>87</sup> F.J. García de Castro, *Sociedad y Poblamiento...*, 67-68.

<sup>88</sup> F.J. García de Castro, *Sociedad y Poblamiento...*, 60.

<sup>89</sup> X. Dupré i Raventós *et alii*, “Un abocador del segle V d.C. en el Forum Provincial de Tarraco”, *Memories d'excavació* 2, 1989, 449.

<sup>90</sup> E. Cerrillo Martín de Cáceres, “*Capara*, municipio romano”, en J.G. Gorges y T. Noogales Basarrate (coord.), *Actas de la IV Mesa Redonda Internacional: Sociedad y cultura en Lusitania romana. Serie de Estudios Portugueses* 13, Mérida, 2000, 156 y 163.

<sup>91</sup> J.A. Pérez Casas, “Excavaciones arqueológicas en la Plaza de la Seo de Zaragoza. Campaña de 1988”, *A Arag* 11, Zaragoza, 1991.

<sup>92</sup> M<sup>o</sup>. D. Laiz Reverte y E. Ruiz Valderas, “Área de *Tabernae* Tardorromanas en Cartagena”, *ACrist* V, Murcia, 1988, 425-433.

## El abandono, ruina y desmantelamiento de los edificios públicos, manifestación de la pérdida de pulso urbano

Del mismo modo y como un síntoma más del declive de la ciudad, los edificios públicos, y de espectáculos que daban tono a la ciudad<sup>93</sup>, en la que esta se congregaba en torno a diferentes celebraciones, cayeron en una total inactividad y ruina, acusándose el descenso y acentuándose el mismo a medida que transcurrían los siglos IV y V d.C.

Las cifras son evidentes. En el siglo cuarto, tres son los anfiteatros que presentaban actividad, *Capara*<sup>94</sup>, en Cáceres, *Tarraco*<sup>95</sup> y *Emerita*<sup>96</sup>. En el quinto tan sólo uno, el de *Tarraco*, que se abandonó y amortizó en la primera mitad del siglo<sup>97</sup>, y quizás aunque con muchas reservas, el de *Emerita*<sup>98</sup>. En cualquier caso, ambos fueron abandonados antes del final de la centuria. El panorama que presentan el resto de anfiteatros de la Península, es desolador. La mayor parte de los mismos, eran ruinas desmanteladas, vertederos, viviendas pobres o incluso áreas cementeriales. Este estado presentaba el anfiteatro de *Carmo*, Carmona, Sevilla<sup>99</sup> o el de *Segobriga*<sup>100</sup>, Saelices, Cuenca, ya en el siglo IV d.C.

En cuanto a los teatros, mantenían representaciones durante la cuarta centuria, el de *Emerita*, que fue restaurado en su primera mitad<sup>101</sup>; el de *Regina*<sup>102</sup>, Casas de Reina, Badajoz, activo hasta mediados del siglo IV d.C., y el de *Tarraco*, abando-

<sup>93</sup> Según algunos estudiosos de la Antigüedad Tardía, los edificios recreativos no desaparecieron súbitamente como se ha creído tradicionalmente. Pese a la ley de Constantino del año 325, que prohibía los espectáculos de gladiadores, pero no las venaciones, ni el teatro, ni el circo, abundantes textos no sólo del más tradicional Oriente, también de Hispania visigoda y el África vándala, aportan testimonios de la celebración de espectáculos y del uso de sus edificios. Para más información en este sentido: M<sup>a</sup> Elvira Gil Egea y M. Vallejo Girvés, "Revisión de algunos...", 24.

<sup>94</sup> J.M. Blázquez, "*Capara* II", *EAE* 54, 1996, 12.

<sup>95</sup> J.V.M. Arbeloa I Rigau, "La ocupació suburbial de les ciutats romanes: el sector nord-oriental de *Tarraco*", *BAT* 8-9, 1986/1987, 90-93.

<sup>96</sup> J. Arce, *España entre el mundo...*, 191 y ss.; F.J. García de Castro, *Sociedad y Poblamiento...*, 218.

<sup>97</sup> VV.AA., *L'Anfiteatre romà de Tarragona. La basilica visigòtica i l'església romànica, Memòries d'excavació* 3, Tarragona, 1990, 459; P. Piernavieja, *Corpus de inscripcions deportives de la España Romana*, Madrid, 1977, 212-213.

<sup>98</sup> J. Arce, *España entre el mundo...*, 191 y ss.; P. Piernavieja, *Corpus de inscripcions...*, 208.

<sup>99</sup> C. Fernández Chicarro y A. Olivella, "Informe sobre las excavaciones del anfiteatro romano en Carmona (Sevilla), 1970-1973", *NAH* 5, Arqueología, 1977, 119-129.

<sup>100</sup> M. Almagro Basch, "Excavaciones arqueológicas en las ruinas de *Segobriga*, Saelices (Cuenca), 1973", *NAH* 5, Arqueología, 1977, 9-22.

<sup>101</sup> J. Álvarez Sáenz de Buruaga, "Observaciones sobre el teatro romano de Mérida", *Actas del Simposio El teatro en la Hispania Romana*, Badajoz, 1982, 303-316.

<sup>102</sup> VV.AA., *Actas del Simposio: El teatro en la Hispania Romana*, Badajoz, 1982, 275.

nado en torno al 360 d.C.<sup>103</sup>. En la quinta centuria, el único teatro que ofrecía espectáculos, del que hasta el momento, tenemos noticia<sup>104</sup>, es el de *Emerita*, que prolongó su vida hasta la definitiva caída del paganismo<sup>105</sup>. Más dudas ofrece el estado y uso dado, durante esta época tardía, al teatro romano de *Caesaraugusta*<sup>106</sup>, en activo según algunos autores hasta el siglo IV d.C.<sup>107</sup>, según otros hasta el siglo VI d.C., cuando, todavía se ofrecían espectáculos públicos<sup>108</sup>. El resto de sus semejantes en *Hispania*, presentaban un estado de claro abandono, como en el caso del de *Malaca*<sup>109</sup>, o de reocupación como lugar de habitación, como en los de *Segobriga*<sup>110</sup>, o *Baelo Claudia*<sup>111</sup>.

Con respecto a los circos se ha constatado la funcionalidad de dos de ellos en época bajoimperial: *Emerita* y *Toletum*. El de *Emerita*, restaurado entre el 370 y el 340 d.C.<sup>112</sup>, permanecía activo en la quinta centuria, tal como testimonia una inscripción contemporánea relativa al auge de la celebración de espectáculos de circo y carreras<sup>113</sup>. El circo de *Toletum*<sup>114</sup>, parece disfrutar también de actividad en torno al año 400 d.C., año en el que se fecha el Marfil de Hipólito, una pieza perteneciente a una *sella curulis*, pieza ligada a clases de un alto nivel social, y manifestación incontestable de la vitalidad de los espectáculos en la zona<sup>115</sup>. Hoy aún se pueden admirar las ruinas de otros circos como los de *Tarraco*, *Saguntum*, *Calagurris*...<sup>116</sup>, que sin rebasar el siglo IV d.C., ofrecen datos muy similares a los ya citados anteriormente.

Entre no pocos investigadores, la ruina del conjunto de edificios dedicados a espectáculos, no significa necesariamente la desaparición de los entretenimientos

<sup>103</sup> M. Berges Soriano, "Teatro romano de Tarragona", *Actas del Simposio...*, 121; F.J. Gómez Fernández, "Tarraco en el siglo V d.C. Morfología y vitalidad urbana", *HAnt* XXV, 2001.

<sup>104</sup> J. Arce, "Mérida Tardorromana. (284-409 d.C.)", *Homenaje a Sáenz de Buruaga*, Madrid 1982," 216; VV.AA., *Actas del Simposio...*, 310.

<sup>105</sup> J.R. Melida, "El teatro romano de Mérida", *RABM* 19, XXXII, 1915, 22.

<sup>106</sup> VV.AA., *Actas del Simposio...*, 47.

<sup>107</sup> M. Beltrán Lloris *et alii*, "La excavación del teatro romano de *Caesaraugusta*. Segunda Campaña, 1985", *AArag* 5, 1985, 179; *ibidem*, "El teatro de *Caesaraugusta*. Estado actual de las excavaciones", *MZaragoza* 4, 1985, 92-129.

<sup>108</sup> M. Beltrán Lloris *et alii*, "Excavaciones en el teatro romano de *Caesaraugusta*. Campaña 1989", *AArag* 11, 1988/1989, 285-289.

<sup>109</sup> VV.AA., *Actas del Simposio...*, 203-214.

<sup>110</sup> VV.AA., *Actas del Simposio...*, 27.

<sup>111</sup> VV.AA., *Actas del Simposio...*, 257-258.

<sup>112</sup> P. Piernavieja, *Corpus de inscripciones...*, 131-134.

<sup>113</sup> J. Arce, "Mérida Tardorromana...", 212.

<sup>114</sup> P. Piernavieja, *Corpus de inscripciones...*, 138.

<sup>115</sup> F.J. Sánchez Palencia, "El marfil de Hipólito del Circo Romano de Toledo", *Homenaje al Profesor Antonio Blanco Freijeiro, Estudios de la Facultad de Geografía e Historia* 3, 1989, 377-401.

<sup>116</sup> P. Piernavieja, *Corpus de inscripciones...*, 137-138.

públicos, ya que se tiene noticias de celebraciones de carreras y juegos de circo, a lo largo del siglo V e incluso hasta el año 504 d.C., con la salvedad de que estos eventos no se celebrarían en los edificios que se construyeron para tal fin sino en otro ámbito público<sup>117</sup>.

Sin embargo y una vez más, pese a estas noticias<sup>118</sup>, el panorama que se vislumbra para la *Hispania* de finales del siglo IV y primera del V d.C., nos hace pensar que estos juegos eran escasos, tanto como las noticias que de ellos han llegado hasta nosotros. Su existencia, debía ser no ya regular, sino más bien esporádica, a juzgar por el estado que ofrecen las ciudades y los edificios destinados a tales fines, y su celebración quedó reducida tan sólo a las grandes ciudades, tales como *Emerita* o *Caesaraugusta*, pero no a la mayor parte de las urbes hispanas, dado su estado económico, y el abandono que sufrían por parte de las oligarquías municipales, patrocinadoras las más de las veces de estos espectáculos. Y es que en el siglo V d.C. debieron decaer considerablemente si no desaparecer completamente, dada la difícilísima situación que se vivió.

Del mismo modo debemos cuestionarnos, como es que los espacios y edificios públicos y sus actividades fueron abandonados en las ciudades más pequeñas, con menor actividad urbana y mayor decadencia, mientras que por el contrario se mantenían activos aún en las más poderosas, vitales y dotadas de mayor cantidad de funciones. La dinámica lógica de la evolución urbana, nos dice que los cambios en la naturaleza de los núcleos, se dan primero en las grandes urbes, mientras que la decadencia ataca primero a las más débiles. De ahí que afirme, que el proceso de abandono de espacios públicos que se vivió en el entramado urbano bajoimperial en *Hispania*, es fruto no de una metamorfosis en el carácter de la ciudad, sino de un claro y evidente declive de la vida urbana. El descenso y dejación progresivo de estos espacios en los siglos IV y V d.C. y su desmantelamiento, no hace sino significar el ocaso de la vida municipal, la falta de pulso y capacidad de las ciudades y de sus oligarquías para mantener sus edificios y las actividades que las caracterizaban, celebradas quizás ocasionalmente, la falta de interés de estas por el estado de la misma y la pérdida de las actividades que antaño habían caracterizado a la ciudad clásica.

En cualquier caso, habríamos de matizar y destacar de nuevo algunas pocas urbes, que dada su vitalidad aún en época tardorromana, mantenían algunas de estos signos identificadores, pero insistiendo en que eran las menos, frente a una gran masa de urbes que se apagaban lentamente.

---

<sup>117</sup> VV.AA., *Actas del Simposio...*, 47.

<sup>118</sup> Para más información consultar: J.A. Jiménez, “Ídolos de la Antigüedad Tardía: algunos aspectos de los aurigas en Occidente (siglos IV-VI)”, *Ludica* 4, 1998, 20-33 y L.A. García Moreno, “El Cristianismo y el final de los *ludi* en las Españas”, 2001, 7-18 en L. García Moreno-S. Rascón Marqués (eds.), *Ocio y espectáculos en la Antigüedad Tardía. Acta Antiqua Complutensia II, Actas del II encuentro Hispania en la Antigüedad Tardía*. Alcalá de Henares, 15-17 de Octubre de 1997.

## La desaparición del evergetismo y de labores de mantenimiento de infraestructuras, como signo debilidad y pobreza urbana

Un argumento más que hace pensar en la dinámica de degradación en la que entró la ciudad y la administración municipal, y el escaso interés que estos centros despertaban entre las clases altas, en otro tiempo deseosas de hacerse notar en la urbe y ganarse la fama y el respeto de sus conciudadanos, es la paulatina desaparición del evergetismo. Evidentemente, hay un acusado descenso de acciones evergetas del Alto Imperio hispano al Bajo Imperio, pero este descenso se acentuó aún mucho más entre el siglo IV y el V, indicador inequívoco de una evidente decadencia. Los datos una vez más, vienen a ilustrar el caso. En la *diocesis Hispaniarum*, en el siglo IV se erigen dos arcos de triunfo, el de *Emerita* y el de Sierra de Chimorra en Espiel, Córdoba<sup>119</sup>. En el siglo V, ninguno.

Así mismo se abandonó el mantenimiento de obras de primera necesidad, cuyo desamparo no fue fruto de modas, cambios de costumbres o de idiosincrasia urbana, sino de una ausencia de capacidad o preocupación por repararlas, lo cual indica una falta de población que las precise, de interés por parte de la misma, de oligarquía que la financie, o de autoridad urbana que lo ordene; decadencia en cualquiera de los casos. Esta se manifestó en los acueductos, obras imprescindibles para la vida de los pobladores, algunos de los cuales se ven abandonados en su mantenimiento a principios de este siglo V, como por ejemplo el acueducto de *Termes*, cuya actividad perduró todo el Imperio, finalizando a inicios del siglo V d.C.<sup>120</sup> o los dos acueductos de *Calagurris Iulia*, que ultimaron su cometido en similares fechas<sup>121</sup>.

Algo semejante ocurrió con el mantenimiento de cloacas, otra labor necesaria por cuestiones de higiene y salud pública. *Corduba*, vio como uno de sus colectores junto con su entramado de desagües, ubicados en la calle Ramírez de las Casas-Deza, se cegó en el siglo IV d.C. por falta de limpieza, convirtiéndose en lugar de tránsito y vertedero en el que se arrojaron basuras y multitud de fragmentos cerámicos<sup>122</sup>. *Caesaraugusta*, por su parte, asistió en fechas similares, a la extinción de la actividad de dos de sus grandes cloacas, que dejaron de funcionar con regularidad, al no ser limpiadas de modo frecuente, hasta que los sedimentos las colmataron<sup>123</sup>.

De hecho, no conocemos acciones evergetas financiadas por el patriciado urbano en todo el siglo V d.C., ni prácticamente constructivas, que no sean aquellas

<sup>119</sup> J. Arce, "Arcos romanos en Hispania: una revisión", *AEA* 155-156, 1987, 87.

<sup>120</sup> J.L. Argente Oliver *et alii*, "Termes II", *EAE* 111, 1980, 231.

<sup>121</sup> U. Espinosa, *Calagurris Iulia*, Logroño, 1984, 190 y ss.

<sup>122</sup> R. Hidalgo Prieto, "Nuevos datos sobre el urbanismo de *Colonia Patricia Corduba*: Excavación arqueológica en la calle Ramírez de las Casas-Deza 13", *AACord* 4, 1993, 97.

<sup>123</sup> VV.AA., *La plaza de la Seo. Zaragoza*, Zaragoza, 1989, 79, 151, y 113-117.

de carácter religioso, acometidas por la Iglesia. La única obra propia de la arquitectura civil que conocemos para este momento asaz tardío, es la reconstrucción de las murallas y del puente sobre el Guadiana, de la ciudad de *Emerita*, sin embargo, no es una obra financiada ni patrocinada por un prohombre de la ciudad deseoso de hacerse un nombre y un lugar de privilegio entre sus ciudadanos. Es una obra dirigida por la propia autoridad oficial, el *dux* godo Salla, por intermediación de la Iglesia, el obispo Zenón<sup>124</sup>.

Así mismo, se observa una falta de control en ciertas actividades, impropio de una ciudad regulada y controlada por la autoridad municipal. Me estoy refiriendo a la aparición de tumbas fuera de los límites de las necrópolis. Ciertamente es que a estas alturas del Imperio Romano los cementerios se habían trasladado al interior de las ciudades, ubicándose en ocasiones, como era propio del cristianismo, cerca de algún lugar de martirio<sup>125</sup>. Sin embargo, la aparición de estas tumbas aisladas en urbes como *Corduba*, en la calle Ramírez de las Casas-Deza, donde se realizó un enterramiento infantil, en cista cubierta con tégulas, sin ajuar, en un momento entre fines del siglo V y principios del siglo VI<sup>126</sup>; o en *Conimbriga*, la actual Coimbra, en la región lusa de Beira Litoral, donde junto a su muralla, se excavó una sepultura de inhumación de carácter pagano, de fines del IV o inicios del V<sup>127</sup>, da la impresión de que cualquiera podía acometer enterramientos sin mayor problema fuera de los ámbitos adecuados para ello, trasladando una imagen de falta de orden y control por parte de la autoridad municipal.

Estos datos nos permiten percibir la falta de pulso de muchas ciudades, la ausencia o incapacidad de autoridades que encarguen o financien el trabajo, quizás la ausencia de población que precise de tales obras, la falta de interés de las oligarquías por correr con estos gastos y en definitiva, un síntoma inequívoco del declive ciudadano, ya que las obras citadas líneas atrás, no son edificios de los que una ciudad pueda prescindir sin mayor perjuicio para su población, son infraestructuras de primer orden, tales como cloacas o acueductos.

Frente a estos argumentos, no faltan estudiosos que afirman, que el abandono de edificios oficiales o de espectáculos y de espacios públicos, no es un síntoma de decadencia sino de cambio en la personalidad de la ciudad, ya que la ruina de estas

<sup>124</sup> L.A. García Moreno, "Mérida y el reino visigodo de Tolosa (418-507)", *Homenaje a Saenz de Buruaga*, 1982, 234 y ss.

<sup>125</sup> La existencia de necrópolis intramuros no está necesariamente relacionado con el abandono de barrios y el despoblamiento urbano, más bien con el enterramiento ad santos, en el subsuelo de una basilica o junto a un monumento conmemorativo de una pasión martirial como en Valencia en torno al *martyrium* de San Vicente, en Toletum, Emerita o Corduba. En otros lugares estos martirios se edifican en torno a los suburbios dando lugar a nuevas aglomeraciones en torno suyo. Para más información consultar: M<sup>a</sup>.E. Gil Egea y M. Vallejo Girvés, "Revisión de algunos...", 24.

<sup>126</sup> R. Hidalgo Prieto, "Nuevos datos...", 97.

<sup>127</sup> J. Alarcão, *Portugal Romano*, Lisboa, 1974, 186.

obras, se vio compensada con una febril actividad constructiva propia del cristianismo y de la Iglesia<sup>128</sup>. Ahora bien, en mi opinión esta teoría como indicio de dinamismo urbano, no tiene excesiva consistencia. En realidad, se aporta como un rasgo de bonanza del conjunto de la urbe y por tanto de su situación, cuando efectivamente es un síntoma de crecimiento, pero no del conjunto urbano, sino tan sólo de una institución, la iglesia, que a lo demás no se circunscribía exclusivamente a la ciudad, tal y como lo corrobora la proliferación de templos en *villae* o poblaciones rurales tardoimperiales. Sólo para el siglo V d.C., los encontramos en la villa romana de Saucedo, en Talavera de la Reina, Toledo<sup>129</sup>; en Cáceres, en el Parador de la Magdalena<sup>130</sup> y en Gatillo de Arriba, donde además de la basílica se erigió un baptisterio y una pila rectangular<sup>131</sup>; en el distrito de Lisboa<sup>132</sup>, en Portugal; en el municipio de Serós, en los Roques de San Formatge<sup>133</sup>, en Lérida; en el lugar de San Valero, en Velilla de Cinca, en Huesca<sup>134</sup>; en el área de Mataró, en Sant Martí de Mata<sup>135</sup>, y en San Cugat del Vallés<sup>136</sup>, ambos en la provincia de Barcelona; en Santiuste de Pedraza, Segovia, donde apareció una basílica cementerial con restos de una piscina bautismal y un mausoleo<sup>137</sup>; en Málaga, cerca de San Pedro de Alcántara, en Vega del Mar<sup>138</sup>; en Zorita de los Canes, en Guadalajara<sup>139</sup>, y finalmente en la provincia de Lugo, en Santa Eulalia de Bóveda, donde se localizó un templo de dos plantas<sup>140</sup>.

Estos datos, demuestran que el proceso constructivo de templos y edificios de culto, no fue un fenómeno propio de la ciudad y mucho menos exclusivo de esta, sino que estuvo ligado a la propia institución eclesial, de ahí que aparezca de forma

<sup>128</sup> M<sup>a</sup>. E. Gil Egea y M. Vallejo Girvés, “Revisión de algunos...”, 23.

<sup>129</sup> M<sup>a</sup>.L. Ramos y R. Castello, “Excavaciones en la villa romana de Saucedo. Últimos avances en relación al hallazgo de una basílica paleocristiana”, *Actas de las I Jornadas de Arqueología de Talavera de la Reina y sus Tierras*, 1992, 117.

<sup>130</sup> M. Beltrán Lloris, *Museo de Cáceres*, Madrid, 1982, 61.

<sup>131</sup> L. Caballero Zoreda *et alii*, “La iglesia de época paleocristiana y Visigoda de El Gatillo de Arriba (Cáceres)”, *Actas de las I Jornadas Arqueológicas en Extremadura. ExArq II*, 1991, 488.

<sup>132</sup> J.G. Gorges, *Les villas...*, 462.

<sup>133</sup> J.G. Gorges, *Les villas...*, 298.

<sup>134</sup> J.G. Gorges, *Les villas...*, 270.

<sup>135</sup> M<sup>a</sup>. Ribas i Bertrán, *El Maresme en els primers segles del cristianisme*, Mataró, 1975, 94.

<sup>136</sup> X. Barral i Altet, “Un mosaico sepulcral Paleocristiano inédito de San Cugat del Vallés (Barcelona)”, *BSAA XXXVIII*, 1972, 482-483.

<sup>137</sup> J.M<sup>a</sup>. Izquierdo Bertiz, “Excavaciones en Las Vegas de Pedraza, Santiuste de Pedraza (Segovia), 1972-73”, *NAH Arqueología* 5, 1977, 305-307.

<sup>138</sup> S. Giménez Reyna, “Memoria arqueológica de la provincia de Málaga hasta 1946”, *Informes y memorias* 12, 1946, 101-107; P. Palol Salellas, *Tarraco Hispanovisigoda*, Tarragona, 1953, 52-53.

<sup>139</sup> P. de Palol, *Arqueología cristiana de la España romana. S. IV-VI*, Madrid-Valladolid, 1967, 90-93.

<sup>140</sup> M.R. Louvel y J.L. Quiroga, “El poblamiento rural entorno a Lugo en la transición de la antigüedad al Feudalismo (ss. V-X)”, *CEG XLVII*, fascículo 113, 2000, 57.

notable en el campo al igual que en la ciudad, o sea, en los lugares donde estaba presente la Iglesia. Eso sí, como es propio de una religión que se extendió primero en el ámbito urbano, la primacía en cuanto a la construcción de templos, fue urbana, ya que fue en la ciudad, donde en un primer momento se recibió la fe cristiana y por tanto, el lugar en el que primero habitó el obispo, promotor de la construcción de templos.

Así mismo, las informaciones dadas, nos permiten ahondar en la idea de que el campo comenzaba ya a cobrar importancia considerable incluso desde el punto de vista religioso, pues en estas *villae* ya se encontraban comunidades cristianas numerosos o bien *possessores* dispuestos a erigir un edificio de culto, precisamente con el fin de alimentar su fe sin tener necesidad de acudir a la ciudad. Un rasgo más de la independencia de la *villae* frente a la ciudad y de sus completísimas instalaciones que la permitían hacer una vida autónoma.

Por último decir, que el fenómeno de construcción de templos, no es nuevo en la ciudad antigua. ¿Acaso no había templos, aunque paganos, antes del cristianismo? ¿Es la erección de santuarios un fenómeno nuevo en la ciudad romana? ¿Por qué hemos de fijarnos en los templos que surgían en vez de los que se abandonaron o se destruían, aunque fueran paganos? El cristianismo cierto es que aportó edificios y construcciones al nuevo entramado urbano, pero sin embargo no hemos de olvidar que en la ciudad romana, una cosa era el evergetismo, nacido de la iniciativa civil, desde el deseo de unos patronos de hacerse con un nombre y una carrera municipal y ciudadana como benefactores de la ciudad, y otra cosa era la religión oficial del estado, la cual ya contaba con sus edificios, sus ceremonias y su sacerdocio desde muchos siglos antes. No es y no se trata por tanto de un nuevo evergetismo, sino del deseo de una joven religión por adaptarse a las nuevas circunstancias, y borrar el recuerdo de otra que ya contaba con sus propios templos. No es y no se trata de un síntoma de auge urbano, sino de apogeo y confrontación religiosa<sup>141</sup>. Es un fenómeno de sustitución de cultos, de ahí la febril actividad constructiva. Es el síntoma evidente del dinamismo y la prosperidad de una institución concreta, pero no del conjunto de urbes que acogen sus edificios.

### **La abundancia de los mosaicos hallados en villae frente a la escasez de los que lo que los han sido en urbes y su progresivo descenso numérico y degradación formal, como indicios de ruralización y olvido de actividades**

La elaboración de magníficos mosaicos en diferentes urbes hispanas a lo largo del Bajo Imperio, es una de las razones esgrimidas por los defensores de la hipóte-

---

<sup>141</sup> F.J. Gómez Fernández; "Paganismo y cristianismo en la Hispania del siglo V d.C.", *HAnt* XXIV, 2000.

sis de la metamorfosis ciudadana, para rebatir la citada teoría de la decadencia<sup>142</sup>. Sin embargo, hemos de apuntar que un estudio profundo de los mismos, de su distribución y evolución cuantitativa y cualitativa a lo largo de los siglos IV y V d.C., confirma que la mayor parte de estas obras aparecen en *villae*, síntoma inequívoco del abandono de las urbes por parte de las oligarquías urbanas y de la ruralización de la sociedad.

Los mosaicos, eran trabajos muy especiales, pues constituían un artículo de lujo que manifestaba un estatus social y un poder económico del que no gozaba todo el mundo. Durante los siglos finales de la Romanidad, se encargaron en la *diocesis Hispaniarum*, algunos de los mejores y más espectaculares trabajos musivos que han llegado hasta nosotros. Ya desde fines de la tercera centuria, los mosaístas eran artistas itinerantes de extracción social humilde<sup>143</sup>, que se trasladaban al campo abandonando las ciudades, para trabajar en las grandes explotaciones bajoimperiales<sup>144</sup>. Agrupados en talleres, estos debieron ser muy demandados, y su intensa actividad y variedad temática son indicativas de los gustos y predilecciones de quienes los solicitaban, siguiendo las modas vigentes en el Imperio, y de las que en *Hispania* se participaba plenamente<sup>145</sup>. Así mismo, estos trabajos revelan influencias africanas, galas y orientales, señalando la intensidad de relaciones entre *Hispania* y algunas provincias del resto del Imperio<sup>146</sup>. Actualmente la presencia de estos talleres en la Península Ibérica durante las últimas décadas del siglo IV y las primeras V d.C., está perfectamente documentada. De hecho conocemos cinco de ellos: uno localizado en la Meseta norte<sup>147</sup>, otro que fue el encargado de realizar los trabajos de Centcelles<sup>148</sup>, el denominado de *Annius Ponnus*, que trabajaba en *Emerita*, capital de la *Diocesis Hispaniarum*<sup>149</sup>; otro más conocido como el de FELICES, que elaboró el trabajo hallado en Tossa del Mar, Gerona<sup>150</sup> y el último que fue autor de los mosaicos de la villa de Carranque, en Toledo<sup>151</sup>.

<sup>142</sup> M<sup>a</sup>.E. Gil Egea y M. Vallejo Girvés, “Revisión de algunos...”, 23.

<sup>143</sup> J. Lancha, “Les mosaïstes dans la vie économique de la Péninsule Ibérique, du I au IV: Etat de la question et quelques hypothèses”, *MCV XX*, 1984, 45.

<sup>144</sup> J. Lancha, “Les mosaïstes...”, 55.

<sup>145</sup> F.J. Gómez Fernández, “El mosaico mitológico tardorromano en la Hispania del siglo V: Estudio e interpretación”, *Scripta antiqva. In honorem Ángel Montenegro Duque et José María Blázquez Martínez*. Valladolid, 2002, 793-802.

<sup>146</sup> J. Arce, *El último siglo...*, 126-127.

<sup>147</sup> A. Tovar y J.M. Blázquez, *Historia de la Hispania romana*, Madrid, 1980, 341.

<sup>148</sup> H. Schlunk y Th. Hauschild, “Informe preliminar sobre los trabajos realizado en Centcelles”, *EAE* 18, 1963; A. Arbeiter y D. Korol, “El mosaico de la cúpula de Centcelles y el derrocamiento de Constante por Magnencio”, *BAT* 10-11, 1988/1989, 193-224.

<sup>149</sup> A. García Bellido, “Nombres de artistas en la España Romana”, *AEspA* 91, 1955, 13.

<sup>150</sup> M. Guardia Pons, *Los mosaicos de la Antigüedad Tardía en Hispania*, Barcelona, 1992, 59.

<sup>151</sup> J.M. Blázquez, *Mosaicos romanos de España*, Madrid 1993, 90; F.J. Gómez Fernández, “El mosaico mitológico...”, 793-802.

Ahora bien, analicemos su trayectoria, producción y distribución durante los siglos IV y V d.C.

Dentro de la cuarta centuria, se han localizado 130 yacimientos dotados de mosaicos, frente a sólo 69 que lo han sido en la quinta centuria<sup>152</sup>. La inmensa mayoría de los 130 citados, no se ubicaron en urbes, sino en villas asentadas principalmente en La Meseta Norte, en el Valle del Ebro, en los litorales catalán y murciano y en las tierras béticas, zonas de mayor desarrollo rural del siglo IV d.C.<sup>153</sup>. Lo mismo ocurre en el siglo V d.C., donde la existencia de mosaicos hallados en ciudades, es escasa, tan sólo siete yacimientos del total de 69: *Complutum*<sup>154</sup>, *Itálica*<sup>155</sup>, *Tarraco*<sup>156</sup>, *Gracurris*<sup>157</sup>, *Barcino*<sup>158</sup>, *Ilerda*<sup>159</sup>, y *Emerita*<sup>160</sup>.

Frente a esta escueta representación de la musivaria urbana, tenemos 61 *villae*, que se pavimentaron con estos trabajos, y que arrojan un balance claramente favorable al mundo rural. Algunos de los más destacados son los de Baños de Valdearados, Burgos<sup>161</sup>; Almenara de Adaja, Valladolid<sup>162</sup>; Villa *Fortunatus*, Huesca<sup>163</sup>; Villa *Cardilius*, Santarem, Portugal<sup>164</sup>; El Ramalete, Navarra<sup>165</sup>; Vega del Ciego, Asturias<sup>166</sup>; Santisteban del Puerto, Jaén<sup>167</sup>; Santagón, Jaén<sup>168</sup>; Quintanilla de la Cueva, Palencia<sup>169</sup> ...

De la distribución y evolución de los mosaicos hispanos en los siglos IV y V podemos sacar algunas conclusiones.

<sup>152</sup> Los datos concernientes a los mosaicos, sarcófagos y capiteles datados en el siglo V d.C., están recogidos de recientes estudios y de mi propia tesina de licenciatura: F.J. Gómez Fernández, *Hispania en la encrucijada del siglo V: Poblamiento, Sociedad y Espiritualidad*, leída en la universidad de Valladolid en 1998 y de inminente publicación.

<sup>153</sup> F.J. García de Castro, *Sociedad y Poblamiento...*, 225.

<sup>154</sup> J.M. Blázquez, *Mosaicos romanos del Museo Arqueológico Nacional*, Madrid, 1989, 21-28.

<sup>155</sup> L. Abad Casal, *Pintura romana en España*, Cádiz, 1982, 198-199.

<sup>156</sup> M<sup>a</sup>.D. del Amo, *Estudio crítico de la Necrópolis paleocristiana de Tarragona*, Tarragona, 1979, 258.

<sup>157</sup> J.A. las Heras Corrucho, "Restos musivos romanos en Calahorra", *Calahorra. Actas del Bimilenario de su fundación*, Madrid, 1984, 127.

<sup>158</sup> A. Balil, "Mosaicos ornamentales romanos de Barcelona", *AEA* 105-106, 1962, 58-61.

<sup>159</sup> A. Pérez i Almoguera, *La ciutat romana D'Ilerda*, Lleida, 1984, 81.

<sup>160</sup> J. Arce, "Mérida Tardorromana...", 212-215.

<sup>161</sup> M. Guardia Pons, *Los mosaicos de...*, 119-128.

<sup>162</sup> M. Guardia Pons, *Los mosaicos de...*, 387.

<sup>163</sup> M. Guardia Pons, *Los mosaicos de...*, 83-100.

<sup>164</sup> M. Guardia Pons, *Los mosaicos de...*, 394.

<sup>165</sup> J.M. Blázquez, *Mosaicos romanos de...*, 60.

<sup>166</sup> J.M. Blázquez, *Mosaicos romanos de...*, 200-204.

<sup>167</sup> J.M. Blázquez, *Mosaicos romanos de...*, 372.

<sup>168</sup> J.M. Blázquez, *Mosaicos romanos de...*, 173.

<sup>169</sup> J.M. Blázquez, *Mosaicos romanos de...*, 186-187.

La primera es que entre los siglos IV y V y entre los inicios de este y su final, se dio un notable descenso en la producción de estos trabajos, y una marcada degradación técnica y estilística en los mismos, fruto de la propia decadencia general, que impregnó estas centurias, y de los efectos destructivos de las invasiones bárbaras. Ya hemos citado los datos, 130 yacimientos en el siglo IV frente 69 en el quinto. Pero hemos de insistir en que esta dinámica descendente se acentúa y consolida a lo largo del siglo quinto<sup>170</sup>, y es que, por más que en ocasiones se tienda a minimizar el impacto de las invasiones bárbaras, estas tuvieron su efecto negativo tanto sobre la población, como sobre las actividades económicas y artísticas. En el caso de la musivaria es evidente, pues en los inicios del siglo V se habían realizado algunas de estos pavimentos, la mayor parte, pero tras las décadas iniciales del siglo y las luchas que trajeron acarreadas las invasiones, apenas se van a realizar dos mosaicos figurados en la Península Ibérica, y ambos de escasísima calidad. Estos son el de Santisteban del Puerto en Jaén, que desarrolla el tema de Apolo en Squirros, y que se realizó hacia mediados del siglo V y el de Estada, en Huesca fechado en la primera mitad del siglo VI d.C. Ambos presentan una descomposición total de formas y criterios estilísticos clásicos, un empobrecimiento cromático y una evidente degradación general con respecto simplemente a los trabajos que se realizaron a principios de la quinta centuria. Los temas seguían siendo los clásicos, pero las formas y técnicas se iban perdiendo<sup>171</sup>.

La segunda, es que los mosaicos se realizaron en mayor número en el campo que en la ciudad, tanto en la cuarta como en la quinta centuria, lo cual nos indica que el propietario de la villa, miembro de la capa alta de la sociedad y de mayor poder adquisitivo, prefería habitar en el campo que en la urbe, y así dotaba sus mansión rural con todo tipo de lujos, entre los que hemos de incluir las termas<sup>172</sup>, para habitarla de forma permanente. Es por tanto una muestra más del desinterés de las capas altas de la sociedad ante lo que la ciudad tenía que ofrecer, de su opción preferencial por la vida en las *villae*, de la decadencia urbana por tanto y del efecto destructivo de las invasiones que afectó hondamente a la producción de este tipo de trabajos y posiblemente a la capacidad adquisitiva, serenidad y seguridad vital, que permitía encargar estos pavimentos.

---

<sup>170</sup> En mi opinión, el descenso está ligado a una doble causa: la decadencia y olvido paulatino de estas actividades y la inestabilidad propia del momento provocada por las invasiones, que aceleraron la agonía de las mismas al destruir y dispersar a los artistas de los talleres y a su selecta clientela.

<sup>171</sup> J.M. Blázquez, *Mosaicos romanos...*, 37-43.

<sup>172</sup> G. Mora, "Las termas romanas en *Hispania*", *AEA* 143-144, 1981; F.J. García de Castro, "Las termas en *villae* tardorromanas de *Hispania*. Estado de la cuestión.", *HAnt* XX, 1996.

## La decadencia de otras actividades artísticas tales como la escultura

Cierto es que podríamos achacar el este número tan escueto de pavimentos musivos a la falta de excavaciones o a la dificultad para adscribirlo con seguridad a siglo tan tardío como es el quinto, y no sería mal argumento, de no ser por el panorama semejante que nos ofrece otra actividad artística, la escultura, demandada mayoritariamente por las clases altas, al igual que los mosaicos.

En cuanto a ésta hemos de decir, que aún en el siglo IV se van a realizar en la *diocesis Hispaniarum*, estatuas y retratos de emperadores, tal y como lo constatan una serie de inscripciones que llegan al menos hasta el 360 d.C.<sup>173</sup>. Dos son las esculturas halladas que se han adscrito a la casa imperial, una de la emperatriz Aelia Flacilla, conservada en el Monasterio de Santo domingo de Silos, en Burgos, y otra de un posible miembro de la familia constantiniana localizada en Mérida. Así mismo, también se han encontrado doce esculturas exentas más, de temática pagana, en las que predominan los temas báquicos, varios relieves de temática cristiana y sobre todo pagana<sup>174</sup>. Algunas de estas imágenes, decoraban jardines de *villae*, a juzgar por los restos y fragmentos hallados en las mismas, como en el caso de la villa de Valdeterres del Jarama, Madrid<sup>175</sup>. Todas estas obras, se elaboraron en el siglo IV d.C.

La comparación con el siglo V d.C., no admite réplica. Dentro de esta centuria, estatuas de emperadores o miembros de la familia imperial halladas, ninguna. Esculturas exentas de carácter civil o religioso ya fueran paganas o cristianas, ninguna. Relieves, sólo dos y de dudosa adscripción al siglo V d.C. Un *puteal* o brocal de pozo con decoración en relieve desarrollando el tema de Dionysos y Ariadna, hallado en *Emerita*<sup>176</sup>, y un marfil perteneciente a una *sella curulis*, de temática pagana: Hipólito aprestándose para salir de caza, encontrado en *Toletum*<sup>177</sup>. Ambas piezas pertenecen, a juzgar por su temática y calidad, a las clases altas y dirigentes, seguramente a miembros del funcionariado imperial. Se fechan en el tránsito entre los siglos IV y V d.C., sin que se pueda discernir con exactitud la centuria concreta. Estamos una vez más, frente a una actividad no ya en franco retroceso sino en plena desaparición.

<sup>173</sup> J. Arce, "Retratos tardorromanos de Hispania: la evidencia epigráfica", *AEspA* 50-51, 1977-8, 253 y ss.

<sup>174</sup> F.J. García de Castro, *Sociedad y Poblamiento...*, 227.

<sup>175</sup> J. Arce, *El último siglo de la España romana (284-409)*, Madrid, 1994, 127.

<sup>176</sup> J. Arce, "El mito de Dionysos y Ariadna en un *puteal* tardorromano del Museo de Mérida. (Augusta Emerita)", *Habis* 7, 1976, 362 y 363.

<sup>177</sup> F.J. Sánchez Palencia, "El marfil de Hipólito del circo romano de Toledo", *Actas del Homenaje al profesor Antonio Blanco Freijeiro, Estudios de la facultad de Geografía e Historia* 3, Madrid, 1989, 377-401.

Esta dinámica descendente, se ve confirmada por la existencia de 54 yacimientos con capiteles de tipo corintio fechados en la cuarta centuria, frente a tan sólo 15 yacimientos en la quinta, lo cual da noticia de la decadente evolución seguida por los talleres escultóricos hispanos. Como rasgo de continuidad sus caracteres siguen siendo corintizantes y de una marcada tosquedad en su factura y en su material, que deja de ser el mármol para ir siendo sustituido paulatinamente por la piedra local<sup>178</sup>.

La escultura funeraria por su parte, esto es, los sarcófagos merecen una especial atención, ya que a pesar de que durante el Bajo Imperio, el trabajo del relieve y del bajorrelieve estaba en grave decadencia desde la perspectiva artística, la fabricación de sarcófagos mantuvo viva esta ocupación<sup>179</sup>.

El siglo IV d.C. nos ha proporcionado hasta 43 lugares en los que han aparecido estos trabajos, con especial frecuencia en el litoral mediterráneo, especialmente Gerona y Tarragona, Andalucía y valle del Ebro<sup>180</sup>. Esta tradición escultórica funeraria apareció igualmente en la siguiente centuria como heredera de la anterior, a través del trabajo de tres talleres locales de sarcófagos paleocristianos:

El taller de la Bureba, Burgos, parece que inició sus trabajos en el siglo IV o en los primeros años del siglo V d.C.<sup>181</sup> y elaboró los sepulcros aparecidos en Quintanabureba, Cameno, Poza de la Sal...<sup>182</sup>. Otro taller trabajó en un lugar indeterminado del sur de *Hispania*, y fue autor de sarcófagos de cómo los de Alcaudete, Écija, Antequera...<sup>183</sup>. Y el que sin lugar a discusiones fue el más importante de la *diocesis* en época tardorromana, fue el de *Tarraco*, que disfrutó de un momento de apogeo en el siglo V d.C., después de la caída de los centros de producción romanos<sup>184</sup>. A la par que se daba esta producción nacional, se importaron ejemplares de Italia hasta el 410, año en el que los talleres romanos cayeron en decadencia debido a la acción de la invasión bárbara, en beneficio de sus homólogos hispanos, fuertemente influenciados por las tendencias africanas y orientales<sup>185</sup>.

<sup>178</sup> F.J. García de Castro, *Sociedad y Poblamiento...*, 227-228.

<sup>179</sup> J. Arce, *El último siglo...*, 127.

<sup>180</sup> F.J. García de Castro, *Sociedad y poblamiento...*, 226.

<sup>181</sup> VV.AA., *Historia de Burgos. Edad Antigua. Tomo I*, Burgos, 1985, 432.

<sup>182</sup> J. Martínez Santa Olalla, "Los sarcófagos de la Bureba" *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos I*, Burgos, 1925.

<sup>183</sup> H. Schlunk, "Sarcófagos paleocristianos labrados en Hispania", *Actas del VIII Congreso Internacional de Arqueología Paleocristiana*, Barcelona, 1972, 208 y ss.

<sup>184</sup> H. Schlunk, "Un taller de Sarcófagos de sarcófagos cristianos en Tarragona", *AEA* 83-83, 1951, 68.

<sup>185</sup> P. de Palol, *Arqueología cristiana de...*, 289. Para más información sobre los sarcófagos hispánicos de procedencia itálica durante la cuarta centuria, consultar la obra de M. Sotomayor, *Sarcófagos romano cristianos de España. Estudio iconográfico*, Granada, 1975.

En definitiva, veintiséis son los yacimientos en los que se han constatado hallazgos escultóricos de esta índole fechados en la quinta centuria, destacando por su frecuencia los lisos carentes de toda decoración y tosca factura, con una absoluta preponderancia de la temática cristiana frente a la pagana, prácticamente inexistente. Como conjuntos destacan por su número el de *Tarraco* y el de la Bureba burgalesa, ambos asociados a talleres de producción local y el área catalana con un total de ocho yacimientos, quizás mostrando su grado de actividad y relaciones exteriores.

De su descenso numérico y degradación estilística, entre ambos siglos, sacamos idénticas conclusiones a las de los mosaicos: decadencia de este oficio, menor número de clientes interesados o con capacidad para adquirirlos y terribles efectos sobre su fabricación debido a las invasiones.

### **La huida de la población al campo y la aparición de conflictos sociales de primer orden**

A juzgar por los datos de los que disponemos, la sociedad hispana tardoimperial, vivió un paulatino proceso de ruralización, en el cual la ciudad perdió su atractivo, su importancia y en definitiva, su partida, frente al campo, tanto entre las clases altas como entre las populares. Este fenómeno, alentado por la presión fiscal de la autoridad romana, debió acentuarse con la llegada de los pueblos bárbaros, cuyas destrucciones y depredaciones fomentaron la huida de importantes masas de población al campo, a la búsqueda de un patrono bajo el que cobijarse y obtener recursos económicos.

Sin lugar a dudas, la autoridad estatal tanto antes como después de las invasiones, se localizó en las ciudades, dado lo cual es muy posible que existiera cierta relación entre las clases acomodadas romanas, deseosas de congraciarse con los nuevos amos a fin de no perder su estatus de privilegio, y los nuevos dirigentes bárbaros. Hay autores que defienden, que en las metrópolis de la *Hispania* del siglo VI, los descendientes de la vieja aristocracia romana convivieron junto con los nuevos nobles visigodos, a pesar de que su riqueza fuera rural<sup>186</sup>. Ahora bien, en mi opinión, estas estancias debían ser temporales y el hecho no significa por sí mismo que la aristocracia viviese de continuo y desarrollase su vida y la mayor parte de su actividad en la urbe. En esta encontraba a la administración, ciertos negocios, mercancías y quizás influencias y algunas actividades políticas y religiosas, pero su opción preferencial, su vida y su fuente de riqueza estaba en el campo, tal y como lo prueban las imponentes mansiones que erigieron a fin de habitar en ellas. Estas, son ejemplos de arquitectura raramente hallados en la urbe del siglo V d.C. a juzgar por el lujo -mosaicos- con el que decoraron sus suelos, las comodidades de las que

<sup>186</sup> M<sup>a</sup>.E. Gil Egea y M. Vallejo Girvés, “Revisión de algunos...”, 23 y ss.

se dotaron -termas- el equipamiento completo, incluso espiritual con el que se las enriquecieron -basílicas-, y las defensas con las que se pertrecharon -fortificaciones y ejércitos privados-.

La diáspora y abandono de la urbe había comenzado mucho tiempo atrás, cuando las cargas del régimen económico y social del Bajo Imperio, marcado por el intervencionismo estatal, a la búsqueda de financiación para su abastecimiento material y de moneda saneada<sup>187</sup>, cargaron excesivamente a todos los sectores sociales, incluyendo a las oligarquías urbanas que formaban el grupo fundamental del que se nutrían las curias. Estas eran esenciales para a vida ciudadana, ya que la financiación de la actividad urbana la proporcionaban en gran parte la munificencia voluntaria o casi voluntaria de los curiales y de algunos mecenas que pretendían lograr el reconocimiento de su comunidad. A partir de las reformas de Diocleciano<sup>188</sup>, estos habían sido gravados con numerosos y pesados impuestos en la organización de los asuntos de la ciudad y en la recogida y distribución de los tributos, de modo que eran responsables del buen funcionamiento del sistema con sus propios bienes. La inmensa carga que cayó sobre la oligarquía municipal, hacía que pretendieran evadir tales cuestiones con la huida hacia la iglesia y la administración central. Las consecuencias no se hicieron esperar<sup>189</sup> ya que la labor de estas tenía gran importancia para el buen funcionamiento de las ciudades, pues el mantenimiento de las instituciones y de la vida social de la *civitas* clásica era muy caro y no pocas veces recaía caía sobre ellas, pero también para la administración central y el ejército, que dependían del impuesto recogido en moneda y de su transporte hasta los centros de almacenamiento y distribución. Así, el descenso de decuriones fue notable pese a la legislación imperial y la creación de cargos tales como el *curator civi-*

<sup>187</sup> R. Alonso, *El fin del Imperio Romano. Cuadernos de Estudio 11*, Madrid, 1990, 37.

<sup>188</sup> Lact., *De mortibus*, VII, 2, 6.

<sup>189</sup> Zósimo, *HN*, II, 38. “Constantino después de haber llevado a término todo esto, continuó derrochando los tributos, concediendo dones inútiles a hombres indignos e ineficaces; oprimía al que pagaba los impuestos; por el contrario enriquecía al que no era de ningún provecho. Creía que la prodigalidad era un título honor. El fue el que impuso los tributos en oro y en plata, a todos los que en cualquier parte del Imperio se dedicasen al comercio y vendieran algo en las ciudades. Hasta los estratos más bajos de la sociedad fueron sujetos a contribuciones; Constantino no perdonó ni siquiera a las desgraciadas prostitutas. Así, cada cuatro años, cuando había que pagar los tributos, en todas las ciudades estallaban llantos y lamentos”. “Eran azotados y torturados los muy pobres, por que no podían soportar el pago de una multa”. “Las madres vendían a los hijos y los padres prostituían a las hijas; los beneficios de esa actividad iban a para a la fuerza a los recaudadores del Crisargio...”. “...Queriendo procurar algunas preocupaciones, incluso a los que disfrutaban de buena posición, los elevó al cargo de pretor, y con el pretexto del cargo les pedía un oneroso tributo de plata. Cuando llegaban a las ciudades los que recogían las tasas, se asistía a una huida general a tierras extranjeras, temiendo arruinar su patrimonio con la obtención de alguna dignidad. Hizo registrar los bienes de los ciudadanos más ilustres creando un impuesto al que él mismo dio el nombre de *follis*”. “Con tal tributo ocasionó el colapso de las ciudades. El impuesto continuó mucho después de la muerte de Constantino. Las ciudades agotaron sus riquezas y muchas de ellas se despoblaron”.

*tatis*, supervisor de finanzas municipales<sup>190</sup>. En cualquier caso, agobiada por el fisco y controlada, tanto por el pueblo que manifestaba su descontento en los actos públicos, como por el Emperador y el *Vicarius Hispaniarum*, que ejercían un poderoso intervencionismo y mengua de la capacidad de maniobra de los municipios, la sociedad curial optó ya desde el siglo IV d.C, por la huida al campo. Este dato está confirmado por la promulgación de una ley del año 409 d.C., que ordenaba a los miembros huidos de los *collegia* que regresen a sus ciudades<sup>191</sup>.

La situación de las clases bajas, no era mejor, como ya hemos visto la presión tributaria era muy fuerte y pesaba sobre manera en las clases económicamente más débiles y en el campesinado<sup>192</sup>. Para Salviano de Marsella<sup>193</sup>, los *humiliores*, aplastados por el peso de las contribuciones, no tenían oportunidad de mejorar su desastrosa situación socioeconómica, y se refugiaban entre los bárbaros o buscaban la protección de los ricos mediante el patrocinio. La rapacidad de los latifundistas y capas pudientes de la sociedad, era la causa de la mala situación económica y social de la mayor parte de la población<sup>194</sup>. Esta circunstancia favoreció la entrada de suevos, vándalos y alanos en el año 409 d.C.<sup>195</sup>.

Una evidencia de esta paupérrima situación en la que vivía la mayor parte de la plebe urbana, es el tipo de viviendas que habitaban, las cuales hemos estudiado páginas atrás: de características arquitectónicas pobres, reocupando antiguos edificios públicos, o desmantelando estos a fin de levantar sus viviendas. Y el ajuar con el que eran enterrados, que en la casi totalidad de los casos era de una pobreza absoluta o inexistente, ausencia esta que sirve a no pocos arqueólogos para datar los cementerios en época tardorromana: *Malaca*<sup>196</sup>, *Legio*<sup>197</sup>, *Tarraco*<sup>198</sup>, o *Barcino*<sup>199</sup>.

En medio de semejante panorama resulta chocante, significativo y coherente con la situación, el destacado papel que jugó tanto el obispo como la Iglesia en la ciudad tardía, adoptando funciones que antaño había desarrollado el estado a través de sus funcionarios. Así, asumirá el evergetismo, la caridad, la representación del

<sup>190</sup> M<sup>a</sup>. E. Gil Egea y M. Vallejo Girvés, “Revisión de algunos...”, 26.

<sup>191</sup> *C.Th.* 14.7.1; J. ARCE, *El último siglo...*, 102-104.

<sup>192</sup> A. Tovar y J.M. Blázquez, *Historia de la...*, 347.

<sup>193</sup> Salv., *Ad Eccl.*, I y ss.

<sup>194</sup> J.M. Blázquez, *Aportaciones al estudio...*, 206.

<sup>195</sup> A. Tovar y J.M. Blázquez, *Historia de la...*, 347.

<sup>196</sup> E. Serrano Ramos *et alii*, “Necrópolis romana del castillo de San Luis (Torremolinos, Málaga)”, *Baetica* 15, 1993, 208-211.

<sup>197</sup> J. Liz Guiral y M<sup>a</sup>.T. Amare Tafalla, *Necrópolis tardorromana del campus de Vegazana*, León, 1993, 19.

<sup>198</sup> M<sup>a</sup>.D. del Amo, *Estudio crítico...*, 261-264.

<sup>199</sup> M. Ribas Bertrán, “Una necrópolis romana en la basílica de Santa María del Mar”, *Ampurias* XXIX, 1967, 200 y 205; E. Riu Barrera, “Noticia sobre enterraments Barcelonins de l’alta Edat Mitjana”, *Acta Medievalia. Annex* 1, 1982, 181.

pueblo ante las autoridades municipales, la administración de justicia en determinados pleitos...<sup>200</sup>. Síntoma evidente del grado de descomposición que vivía el municipio y la autoridad romana, que se veía precisada a requerir de forma urgente y abrumadora los servicios de la Iglesia, hecho insólito pues nunca durante el paganismo hubo de precisar de los servicios de sus miembros hasta ese grado.

Otro de los síntomas de descomposición y pobreza extrema de buena parte de la sociedad tardorromana, es sin lugar a dudas la presencia de un problema social de la importancia de la bagauda.

La revuelta bagaúdica brotó en los medios rurales y fue consecuencia de la intensa crisis económica y social del Bajo Imperio y de la decadencia de la ciudad<sup>201</sup>. El origen del fenómeno hemos de buscarlo en la lamentable situación que vivían a inicios del siglo V d.C., grandes masas de población hispana. Los intelectuales del momento, como Orosio, Salviano de Marsella o Prisco, culpaban de la situación a la dureza de las exigencias recaudadoras del Imperio, la cual motivó una revuelta de carácter económico-social como el bagaudismo<sup>202</sup>.

El bagaudismo venía azotando el Sur de la *Galia* desde tiempos de Galieno, e hizo lo propio con parte de *Hispania* durante la primera mitad del siglo V d.C.<sup>203</sup>, especialmente en la provincia *Tarraconensis*, la región de curso medio del río Ebro y las regiones menos romanizadas como *Gallaecia* y las Provincias Vascongadas<sup>204</sup>.

La primera vez que tenemos noticias de una bagauda hispana, es en torno al año 440 d.C., coincidiendo cronológicamente con la segunda gran revuelta bagaúdica gala dirigida por Tibatón, que se desarrolló entre el Loira y el Sena. La contemporaneidad de ambas, no fue una mera coincidencia. El fenómeno debió alcanzar dimensiones considerables, pues la solución tomada fue drástica. Tras irrumpir en el año 441 d.C. en Araceli y Tarazona<sup>205</sup>, Valentiniano, envió a la Península un general en jefe del ejército romano, el *Magister Utriusque Militae Asturius*, que se enfrentó a los bagaudas de la *Tarraconensis*, exterminando a gran número de ellos<sup>206</sup>. Esta labor la continuó su yerno *Flavius Merobaudes*<sup>207</sup>.

<sup>200</sup> P. Maymo, "El obispo como autoridad ciudadana y las irrupciones germánicas en el occidente latino durante el siglo V d.C.", *Studia Ephemeridis Augustinianum* 58, 1997, 551-558; M<sup>o</sup>.E. Gil Egea y M. Vallejo Girvés, "Revisión de algunos...", 27.

<sup>201</sup> J.M. Blázquez, *La Romanización II*, Madrid, 1986, 312.

<sup>202</sup> A. Barbero y M. Vigil, *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista*, Barcelona 1974, 13 y ss.

<sup>203</sup> J.M. Blázquez, *Aportaciones al estudio...*, 167.

<sup>204</sup> A. Cabo y M. Vigil, *Historia de España I...*, 437-438.

<sup>205</sup> L.A. García Moreno, *Historia de España Visigoda*, Madrid, 1989, 57.

<sup>206</sup> A. Cabo y M. Vigil, *Historia de España I...*, 437.

<sup>207</sup> Hyd., *Chr.*, 128.

Hasta el momento de su extinción, el problema de los bagaudas no fue un asunto menor dada su capacidad de destrucción. Hacia el año 449 d.C., Basilio caudillo bagauda, dio muerte al obispo de Tarazona. En el 454 d.C., Basilio, se unió a Requiario, rey de los suevos<sup>208</sup>, y ambos colectivos saquearon el territorio de *Caesaraugusta* sin llegar a doblegar a la ciudad<sup>209</sup>. También *Ilerda* fue objeto de su saqueo en el mismo año<sup>210</sup>, prosiguiendo con el territorio de *Tarraco*<sup>211</sup>. Ante esta situación, el emperador encargó a Teoderico, rey visigodo y federado de Roma, que terminara con el problema de los bagaudas tarraconenses, los cuales fueron derrotados por el hermano del monarca godo<sup>212</sup>, entre el 448-451 y 454 d.C. Desde este momento, no se volvieron a tener noticias fiables de los bagaudas en Occidente<sup>213</sup>.

Queda por estudiar el tema de la procedencia social de los bagaudas. ¿Quiénes eran los bagaudas? Hoy, hay cierta coincidencia de los investigadores, en concluir que el bagauda, no nacía tal, sino que se formaba. Era una persona obligada a tomar este camino por la insostenible situación económica que vivía. No eran *rustici*, sino *pauperes*, hombres sin recursos de medios urbanos<sup>214</sup> o bien rurales, erosionados en su posición social y económica. Antiguos esclavos urbanos y ciudadanos arruinados, que se alinearon junto con diversas categorías del campesinado, reforzadas por dos tendencias convergentes: Los que no siendo libres aspiraban a serlo, y los que siéndolo, no podían soportar las cargas legales<sup>215</sup>. En cualquier caso, la bagauda no era un grupo homogéneo en cuanto a su extracción social<sup>216</sup>.

Los bagaudas, se distinguen de otros grupos afines de insurrectos por su terminología, pese a que en ocasiones Hidacio, les atribuyó acciones que no les correspondían. No son *latrones* que hacen *rapina*, poco frecuente entre bagaudas, pese a que en ocasiones, miembros de la bagauda fueran ladrones e indisciplinados llevando adelante actos de *latrocinium* y *depredatio*, tal como señaló Salviano de Marsella<sup>217</sup>. La guerra social que generaron estos grupos rebeldes, es el resultado de

<sup>208</sup> Hyd., *Chr.*, 140.

<sup>209</sup> A. Beltrán, J.M. Lacarra y A. Canellas, *Historia de Zaragoza*, Zaragoza, 1976, 95.

<sup>210</sup> R. Pita Merce, *Lérida Paleocristiana*, Lérida, 1973, 30.

<sup>211</sup> R. Pascual I Guasch, "Les amforas de la necrópolis paleocristiana de Tarragona", *Boletín de la Real Sociedad Arqueológica Tarraconense* 1964/65, 25-27.

<sup>212</sup> Hyd., *Chr.*, 158-9.

<sup>213</sup> J.C. Sánchez León, "Sobre el final del bagaudismo en Galia e Hispania", *ETF II, Historia Antigua* 3, 199, 251-258.

<sup>214</sup> G. Bravo, "Los bagaudas: vieja y nueva problemática", *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua* 3, 1986, 192.

<sup>215</sup> G. Bravo Castañeda, "Acta bagaúdica (I): Sobre quienes eran los bagaudas y su posible identificación en los textos antiguos", *Gerión* 2, 1984, 264.

<sup>216</sup> G. Bravo, "Los bagaudas: Vieja...", 191.

<sup>217</sup> G. Bravo, "Los bagaudas: Vieja...", 192-193.

una organización paramilitar, que se distinguía de las acciones de grupos incontrolados de saqueadores que persistieron en época visigoda<sup>218</sup>.

Por último, a nivel territorial, también había grupos que generaban tensiones. La rebeldía de los pueblos poco romanizados que iban adquiriendo cierta independencia frente a la creciente debilidad del Estado imperial, junto con el aumento de los latifundios, justifican las revueltas campesinas que se produjeron y la sensación de inseguridad del dominio romano<sup>219</sup>. Estos hechos se encuadraban dentro de la dinámica social, originada siglos atrás, que en combinación con otros factores, propició un cambio entre el sistema de explotación clásico esclavista y el colonato prefeudal<sup>220</sup>.

Como vemos el panorama social no era halagüeño precisamente y manifiesta una profunda crisis visible en la descomposición de la autoridad imperial que no puede frenar las incursiones de pueblos poco romanizados, evitar la formación de la *bagauda* y la guerra social, frenar la huida al campo de élites y plebe o contar con un funcionariado suficientemente preparado y competente como para no tener que acudir a la Iglesia.

Así mismo estos datos nos trasladan la imagen de una sociedad enormemente empobrecida en su mayor parte, las clases bajas. Esta, asfixiada por la fiscalidad estatal o patronal y falta de oportunidades en la ciudad, buscó el remedio a sus males en el campo o en la *bagauda*. Por otra parte, las clases más pudientes acosadas igualmente por la hacienda imperial y por las obligaciones que la ley les imponía como miembros de las curias municipales, además de por otras razones, optaron por la huida al campo pese a los intentos legislativos por evitar este éxodo.

En el declinante panorama, sólo destaca la figura del obispo, única que va ganado en poder y funciones en momento tan difícil, ahora bien, a costa de la descomposición del poder político, rasgo que manifiesta el alto grado de desintegración que vivía la administración estatal.

Por último, cabe destacar el estado en el que quedaban las ciudades, en las que se perpetraba el abuso tributario, se presenciaba la disgregación del poder municipal e imperial, se asistía al abandono de la misma por parte de sus pobladores de toda clase y condición, frente a un entorno rural triunfante que ofertaba mayor cantidad de posibilidades en tiempos de crisis.

En fin, se mire por donde se mire, entre los hechos anteriores no se encuentra sino decadencia urbana y empobrecimiento social.

---

<sup>218</sup> G. Bravo Castañeda, “Acta *bagaúdica* (I)...”, 263.

<sup>219</sup> A. Cabo y M. Vigil, *Historia de España I...*, 432.

<sup>220</sup> J.M. Alonso Núñez, “Aspectos de la Hispania romana del siglo IV d.C. Límites cronológicos y consideraciones sobre las fuentes para su reconstrucción histórica”, *SHHA* VIII, 1990, 8.

## Las invasiones bárbaras, culminación violenta de un periodo de intensa crisis ciudadana

Desde hace ya unos años, se han puesto bajo sospecha las informaciones que las fuentes clásicas nos transmiten sobre las invasiones bárbaras del siglo V d.C., especialmente aquellas que hacen referencia a la *diocesis Hispaniarum*. Lo cierto es que los autores, citados y comentados al inicio de este artículo, y antaño algunos investigadores<sup>221</sup>, presentaban un panorama apocalíptico que, según muchos estudiosos, ha sido desmentido por los datos obtenidos en las excavaciones arqueológicas. Hoy día se considera que si bien estas incursiones, debieron tener cierto efecto sobre el entramado urbano y sobre la población, apenas afectaron a la dinámica propia de la ciudad, que siguió con su vida anterior<sup>222</sup>. Sin embargo, en mi opinión, las invasiones supusieron un mazazo considerable al menos durante el siglo V d.C., para la vida urbana en *Hispania*, ahondando y culminando así, el proceso de decadencia en el que venía desenvolviéndose la vida de la mayor parte de las metrópolis hispanas.

No tenemos más que hacer un breve y no necesariamente exhaustivo recorrido por los acontecimientos que afectaron a las urbes de la *diocesis* a lo largo de la quinta centuria, para constatar el elevado número de saqueos y destrucciones, y la reiteración con que se dieron en algunos núcleos.

La provincia de *Lusitania* sufrió en el 409 d.C. la entrada de los alanos en *Emerita*, que fue saqueada en el 429 a manos de los suevos, haciéndola su capital desde el 439 al 469 d.C. En este mismo año pasó a pertenecer a los visigodos<sup>223</sup>. *Egitania*, Idanha-a-Velha, en el concejo portugués de Idanha-a-Nova, fue destruida en el 420 d.C. a manos de los suevos<sup>224</sup>. *Olisipo*, Lisboa, enclavada en la región lusa de Extremadura, sufrió el saqueo de los suevos en el 457 d.C.<sup>225</sup>. Por su parte, la romana *Conimbriga*, la actual Coimbra, ubicada en la región portuguesa de Beira Litoral, fue arrasada por los suevos en el 465-468<sup>226</sup>. Otra urbe del vecino país, *Egitania*, situada dentro de la región de Beira Baixa, fue destruida por los suevos, en el 420 d.C.<sup>227</sup>. En Cáceres, estuvo asentada la antigua *Norba Caesarina*. Se cree que fue abandonada tras las invasiones, en torno al 414 d.C.<sup>228</sup>. La provincia de *Gallaecia*, vio como *Lucus Augusti*, actualmente Lugo, mantenía una importante actividad, hasta el violento el saqueo a la que la sometieron los suevos en el 459,

<sup>221</sup> A. Tovar y J.M. Blázquez, *Historia de la...*, 157-158.

<sup>222</sup> J.J. Sayas Abengoechea y L.A. García Moreno, *Romanismo y germanismo...*, 279.

<sup>223</sup> M<sup>a</sup>.C. Villalón, *Mérida Visigoda...*, 27.

<sup>224</sup> G. Mora, "Las termas romanas...", 48.

<sup>225</sup> J. Alarcão, *Portugal Romano...*, 63.

<sup>226</sup> G. Mora, "Las termas romanas...", 47.

<sup>227</sup> G. Mora, "Las termas romanas...", 48.

<sup>228</sup> J.M. Álvarez Martínez, *La ciudad hispanorromana*, Barcelona, 1993, 152.

incurción que afectó a toda la región<sup>229</sup>. Astorga, la romana *Asturica Augusta*, sufrió el saqueo de los suevos de Teodorico entre el 456-459<sup>230</sup>. La *Tarraconense* por su parte, contempló como en el 454 d.C., los bagaudas de Basilio y los suevos de Rekiario, asaltaron *Ilerda*, que fue destruida y saqueada, dando lugar a un empobrecimiento de la vida urbana en todos sus aspectos. Entre el 450 y el 475, Lérica llevó una vida miserable, pero dentro del sistema administrativo, económico y cultural romano, que pervivió todo el siglo V<sup>231</sup>. A este panorama desolador, se unió la ciudad de *Arcobriga*, situada en el término de Monreal de Ariza, en la provincia de Zaragoza, que pese a sufrir con fuerza la crisis del siglo III, sobrevivió hasta el V d.C., centuria en la que fue destruida por los alanos<sup>232</sup>. La propia capital provincial, *Tarraco* fue tomada en el 472 d.C. por el general godo Heldefredo<sup>233</sup>, y devastada posteriormente en el 476 d.C. por Eurico<sup>234</sup>. Ya en la *Carthaginiensis*, la actual Denia, conocida en época romana como *Dianium*, fue incendiada por los godos provocando una gran destrucción; algo similar a lo que pasó a inicios del siglo V d.C. con *Illici*<sup>235</sup>, *Elche*. Mientras, las ciudades de *Baetica*, no corrieron una suerte mucho mejor. La capital, *Corduba*, Córdoba perdió su economía cuando en el 409 d. C., los Vándalos silingos se asentaron en el sur, acabando con sus medios de subsistencia<sup>236</sup>. *Hispalis*, fue saqueada en el 426 d.C., para ser tomada de nuevo en el 441 d.C., por el suevo Requila<sup>237</sup>. *Carteia*, asentada en el término de San Roque, Cádiz, sufrió las depredaciones de los vándalos durante años hasta el momento en que este pueblo, decidió embarcarse hacia África, arruinando la economía pesquera de la zona al utilizar sus embarcaciones dedicadas a la pesca de bajura<sup>238</sup>. Por último las *Insularum Balearum* sufrieron suerte similar<sup>239</sup>.

Éstos son sólo algunos de los ejemplos de destrucciones y saqueos que afectaron a las urbes hispanas a lo largo del siglo V d.C. No cabe pensar que tal número de depredaciones, no afectasen a la vida de los núcleos y de sus entornos rurales, otra cosa es que terminasen definitivamente con estos y con su actividad, caso este del que no nos faltan algunos, aunque no demasiados ejemplos. Pero lo cierto es

<sup>229</sup> P. de Palol, "Problema Ciudad-Campo en el Bajo Imperio en relación a la ciudad de Lugo", *Actas del Coloquio Internacional sobre el Bimilenario de Lugo*, 1977, 160-161.

<sup>230</sup> T. Mañanes, *Astorga y su...*, 11-21.

<sup>231</sup> R. Pita Merce, *Lérica Paleocristiana...*, 31.

<sup>232</sup> VV.AA., *Arcobriga. (Monreal de Ariza, Zaragoza)*, Zaragoza, 1987.

<sup>233</sup> F.J. García de Castro, "Aspectos sociales de la...", 129.

<sup>234</sup> P. de Palol, *Tarraco hispanovisigoda...*, 92.

<sup>235</sup> A. Ramos Folques, "Estado actual de las excavaciones en la Alcudia de Elche", *CNA VIII*, 1960, 273-277.

<sup>236</sup> A. Ibáñez Castro, *Córdoba hispano-romana*, 1983, 225.

<sup>237</sup> A. Blanco Freijeiro, *Historia de Sevilla*, Sevilla 1997, 175-178.

<sup>238</sup> F.J. Presedo Velo, "La decadencia de *Carteia*", *Habis* 18-19, 1987/1988, 450-451.

<sup>239</sup> M. Tarradell Mateu, A. Arribas Palau y G. Rosello Bordoy, *Historia de la Alcudia I*, Alcudia 1978, 352-355.

que debieron de influir negativamente en la vida de las ciudades afectadas, bien directa o bien indirectamente al actuar sobre su entorno, ahondando así en su crisis, y animando al abandono.

Un buen ejemplo de esta evasión de la urbe, lo tenemos en los múltiples tesosrillos encontrados en diferentes ciudades hispanas, síntoma inequívoco de peligro y huida precipitada del núcleo por parte de la población. Estos han aparecido en ciudades como *Cástulo*, en Linares, donde encontramos un tesosrillo de monedas relacionado con las invasiones y sepultado en torno al año 400 d.C., según señalan los fragmentos asociados de TS clara D que se han recogido<sup>240</sup>; en la antigua *Pax Iulia*, Beja, en Portugal, donde apareció un depósito monetario de *solidi* tardoimperiales entre los que destacan los pertenecientes a Honorio<sup>241</sup>; en *Caesaraugusta* donde se encontró un tesosrillo de fines del V e inicios del VI d.C., enterrado en la calle Gavín<sup>242</sup>. O también en la antaño famosa colonia *Clunia Sulpicia*, asentada en el municipio de Peñalba de Castro, Burgos, donde junto a un lote cerámico de TSHT, apareció un tesosrillo de bronce medianos y pequeños de la primera mitad del siglo V d.C., en el suelo de una casa<sup>243</sup>. Y no podemos dejar de citar el que es sin lugar a dudas, el más espectacular ocultamiento de cuantos conocemos de época tardía. El tesosrillo de *Illici*, hallado bajo el suelo de un hábitat doméstico y compuesto por cinco anillos de oro, varias piedras grabadas, cuentas de collar en oro, algunas perlas, una cadena de oro tejida como un cordón, un collar de hilo de oro ensartado con diferentes perlas, dos pendientes de oro con perlas, y dos más pequeños, además de trece cucharas de plata, y doscientas cincuenta monedas de bronce. El ocultamiento está bien fechado entre el 408-410 d.C., gracias a las monedas citadas<sup>244</sup>.

Este tipo de depósitos monetarios, nada infrecuentes a lo largo del siglo V d.C., ponen claramente de manifiesto que en las ciudades hubo un miedo y un peligro real, una huida de la población de este su lugar habitual, y una evidente imposibilidad de volver bien por fallecimiento bien por temor, en cualquier caso por un cambio en su situación personal relacionada directamente con las invasiones.

A estos daños personales, se suman los perpetrados por los invasores en las obras públicas y en la morfología urbana, que acusó cambios. Y así nos consta que las murallas de *Emerita* hubieron de ser restauradas, pues habían sido seriamente

<sup>240</sup> J. M<sup>o</sup>. Blázquez, “*Cástulo II*”, *EAE* 105, 1979, 109-110.

<sup>241</sup> J.M. Valladares Souto y J.M. Ferreira Leite, “Noticia de un tesouro de *solidi* aparecido en Bela”, *Nummus IX-X*, 1986/1987, 111-114.

<sup>242</sup> M. Beltrán Lloris *et alii*, “*Caesaraugusta I*. (Campaña 1975-1976)”, *EAE* 108, Madrid, 1980, 97-98.

<sup>243</sup> P. de Palol, “Una hiposandalia o *Solea Ferrea*, de Clunia”, *Homenaje al profesor Martín Almagro Basch III*, 1983, 343-346.

<sup>244</sup> A. Ramos Folques, “Un tesosrillo bizantino en la Alcudia”, *Crónica del IV Congreso Arqueológico del Sureste de España*, 1949, 510-513.

afectadas o destruidas por las luchas sostenidas a lo largo del siglo. Una lápida fechada en el 483 d.C.<sup>245</sup>, conmemora y agradece al gobernador godo Salla que financiara la obra y al obispo Zenón que sirviera de intermediario. Así mismo, reconoce la labor de estos dos hombres al reparar el destruido puente sobre el Guadiana<sup>246</sup>. En *Lucus Augusti* el puente romano del siglo I, que formaba parte de la calzada del SO hacia *Iria Flavia* y *Aqua Flaviae*, fue destruido por las invasiones germánicas, y no fue reconstruido hasta el siglo XII<sup>247</sup>. En *Caesaraugusta*, sabemos gracias a las excavaciones que tras la invasión goda del 472 d.C., la topografía urbana cambió y las calles Sepulcro y Gavín, volvieron a ocuparse<sup>248</sup>.

De forma indirecta, la devastación y ruina del territorio circundante de determinadas urbes, las más potentes y dinámicas<sup>249</sup>, traía aparejada la crisis en esta, al ser cuando menos mercado y centro de referencia para los habitantes de las *villae* próximas. Este fue el caso de urbes como *Corduba* cuyo hundimiento total tuvo lugar en el 409 d.C., cuando los Vándalos Silingos se asentaron en el sur acabando con su economía<sup>250</sup>. Un buena manifestación de esta debacle se constata en el *pala-tium* de Cercadilla, construido a fines del siglo III o inicios del IV d.C., y en uso hasta inicios del siglo V d.C. Como edificio de carácter público, administrativo, y monumental, fue reutilizado en parte, como lugar de enterramiento y basílica paleocristiana desde mediados del siglo VI d.C.<sup>251</sup>, pero no volvió a ser utilizado en

<sup>245</sup> ICERV Nº. 363. *SOLBERAT ANTIQVAS MOLES RVINOSA VETVSTAS/LAPSVN ET SENIO RVPTVM PENDEBAT OPVS/PERDIDERAST VSVM SVSPENSA VIA P(er) AMNEM/ET LIERVN PONTIS CASVS NEGABAT ITER/NVNC TEMPORE POTENTIS GETARVM ERVIGII REGIS/QVO DEDITAS SIBI PRECEPIT EXCOLI TERRAS/STVDVIT MAGNANIMVS FACTIS EXTENDERE N(o)M(e)N/VETERVM ET TITVLIS ADDIT SALA SVVM/NAM POSTQVAM EXIMIIS NOBABIT MOENIB(us) VRBEM.HOC MAGIS MIRACVLVM PATRARE NONDESTITIT/CONSTRVXIT ARCOS PENITVS FVNDABIT IN VNDIS/ET MIRVM AVCTORIS IMITANS VICIT OPVS/NEC NON ET PATRIE TANTVM CR(e)ARE MVNIMEN/SVMI SACERDOTIS ZENONIS SVASIT AMOR/VRBS AVGVSTA FELX MANSVRA P(er)SCLA.LONGA NOBALE STUDIO DVCIS ET PONTIFICIS/ERA DXXI*

<sup>246</sup> L.A. García Moreno, "Mérida y el...", 234 y ss.

<sup>247</sup> A. de Abel Vilela y F. Arias Vilas, *Guía arqueológica romana de Lugo y su provincia*, Lugo, 1975, 14-45.

<sup>248</sup> M. Beltrán Lloris *et alii*, "Caesaraugusta I. (Campaña 1975-1976)", *EAE* 108, Madrid, 1980, 97-98.

<sup>249</sup> Evidentemente no todas las urbes estaban en la misma situación. Por ejemplo la mayor parte de las ubicadas en la Meseta Norte, que sobrevivían bajo mínimos manteniendo una vida escasamente municipal, bien poco podían ofertar a su propio entorno rural. Sin embargo otras, como por ejemplo Hispalis, Barcino, Tarraco..., o algunas béticas o enclavadas en la costa catalana, aún mantenían funciones administrativas, judiciales, económicas interesantes para el habitante de las villae. En cualquier caso, la devastación de su territorio suponía cuando menos una crisis en la urbe si no la ruina temporal o total de la misma.

<sup>250</sup> A. Ibáñez Castro, *Córdoba Hispano-romana...*, 225.

<sup>251</sup> R. Hidalgo Prieto y P. Marfil Ruiz, "El yacimiento arqueológico de Cercadilla: Avance de resultados", *AACord* 3, 1992, 277-286.

todo el siglo V d.C., lo cual implica un abandono de las funciones, seguramente administrativas que allí se realizaban. Hacia el año 454 d.C., sufrieron una devastación de su territorio, urbes como *Caesaraugusta*<sup>252</sup> y *Tarraco*<sup>253</sup>, aunque ninguna de las dos sucumbió al empuje de los invasores. *Carteia*, vio como los vándalos arrasaban sus recursos de forma definitiva, cuando estos tras varios años de saqueo en el territorio, embarcaron hacia África, arruinando la economía pesquera de la zona al utilizar sus embarcaciones dedicadas a la pesca de bajura<sup>254</sup>, *Calagurris Iulia* al igual que la multitud de villas tardías dedicadas a funciones agrícolas que la circundaban, se vio fuertemente afectada por las invasiones de los años cuarenta del siglo V d.C.<sup>255</sup>. La ciudad de *Iulobriga*, en Retortillo, cerca de Reinosa, Cantabria, entró en decadencia en el III d.C., reactivándose en el V al asentarse allí la *Cohors I Celtiberorum*, y llegó hasta a época medieval<sup>256</sup>, tras superar el grave mazazo que supuso el hundimiento del puerto *Portus Victoriae Iulobrigensium* y de la ciudad, a raíz de las invasiones<sup>257</sup>.

De estos datos se deduce que las invasiones, no fueron un asunto menor y que no hemos de quitarles importancia, pues su capacidad de destrucción fue grande, ahondando así en la crisis propia de la ciudad hispana bajoimperial, en la ruina económica de su territorio, en el proceso de emigración que se produjo de la ciudad al campo por parte de todas las clases sociales, en la pérdida y el abandono de determinadas actividades, tanto administrativas como artísticas y de su clientela, y en la pérdida de un número indeterminado de vidas humanas, esto es, de efectivos poblacionales.

Hay quien puede opinar que lo lógico entre la población, hubiese sido encerrarse tras las murallas de las ciudades que ofrecían mejores defensas que el campo, sin embargo hemos de tener presente que en tiempos de crisis, la población encuentra más posibilidades de supervivencia en el medio rural que en el urbano, y aunque en aquel las probabilidades de defensa sean menores, sabemos que el principal objetivo de los bárbaros eran las ciudades que estaban mejor comunicadas y ofertaban mayor botín que las *villae*. De hecho estamos al corriente de la existencia de ejércitos privados en algunas de estas explotaciones rurales y de los saqueos e indefensión por parte del ejército que sufrieron no pocas urbes.

Para finalizar, sólo nos queda hacer una reflexión en torno a las fuentes escritas del siglo V d.C., y es que a la luz de estos y otros datos arqueológicos, Hidacio, Orosio, Olimpiodoro..., no parecen tan exagerados, subjetivos o desacertados, por

<sup>252</sup> A. Beltrán, J.M. Lacarra y A. Canellas, *Historia de...*, 95.

<sup>253</sup> R. Pascual I Guasch, "Les amforas de la necrópolis paleocristiana de Tarragona", *Boletín de la Real Sociedad Arqueológica Tarraconense* 1964/65, 25-27.

<sup>254</sup> F.J. Presedo Velo, "La decadencia de...", 450-451.

<sup>255</sup> U. Espinosa, *Calagurris Iulia...*, 206.

<sup>256</sup> F.J. García de Castro, *Sociedad y Poblamiento...*, 63.

<sup>257</sup> J. González Echegaray, "Estudio sobre *Portus Victoriae*", *Altamira* 2-3, 1951, 333-334.

lo que se impone una revisión y nueva valoración de las fuentes, a la luz de los resultados obtenidos a través de nuestros estudios y excavaciones.

### **CONCLUSIONES FINALES EN DEFENSA DE LA TEORÍA DE LA DECADENCIA URBANA EN LA HISPANIA BAJOIMPERIAL**

Sería bueno comenzar este último apartado del trabajo expuesto con una sencilla pero ilustrativa comparación. Consideramos un hombre enfermo, a un sujeto que tiene una o varias de sus funciones vitales básicas deterioradas. Si este hombre, se halla en un estado irrecuperable, decimos que estamos ante un moribundo, pero si no, solamente decimos que padece una enfermedad más o menos grave, según el alcance del deterioro que sufre. Del mismo modo, la decadencia urbana es un concepto, que nos indica el grado de pérdida de funciones vitales y signos identificativos de una saludable vida urbana, pero no necesariamente el final de esta. En ese caso no hablaríamos de decadencia sino de agonía. Y es que da la impresión de que hemos tendido a considerar la decadencia urbana, como el paso anterior a la extinción de la ciudad, cuando realmente no es así. Cierto es que hubo ciudades que llegaron a desaparecer, bien debido a su propia dinámica, bien debido a las invasiones, bien a la combinación de ambos factores, pero en cualquier caso, muchas de ellas, sobrevivieron hasta la Edad Media e incluso han llegado a nuestros días, lo cual no significa que no padecieran sus propios momentos de enfermedad -declive-.

De aquí, el que debamos de considerar el concepto de *decadencia*, en estos y no en otros términos, pues que la ciudad perviva, con una pérdida importante de sus funciones y características pasadas, pese a los momentos de crisis, no significa que esté al borde de su desaparición ni que subsista en el estado boyante que lo hizo en un pasado, y en esa medida podemos hablar de decadencia y como consecuencia de la misma, de transformación en su idiosincrasia; al igual que el que un enfermo sobreviva con graves secuelas en su salud y dependencia de determinados fármacos, supone un retroceso o declive evidente en su robustez -declive- y sólo en segundo lugar, un cambio de condición de la misma. Quizás, y para cerrar esta breve reflexión de inicio con la que quiero ilustrar mi tesis sobre la ciudad hispana bajoimperial, en este tema sería más adecuado o cuando menos ilustrativo hablar, utilizando una figura literaria, de *ciudades enfermas* y *convalecientes* o sea, *ciudades decadentes* pero no moribundas.

Evidentemente, los síntomas de esta *enfermedad* o declive, son los causantes de un auténtico cambio de carácter o metamorfosis en la misma, que deja disminuida a la vida urbana en sus funciones, características, y atractivos con respecto así misma en el pasado y en proceso para su repliegue en la Alta Edad Media.

Y así, a partir de lo anteriormente expuesto y siempre dentro del marco geográfico de la *diocesis Hispaniarum* y del periodo bajoimperial, podemos afirmar que:

Existió un clima real de inseguridad política que llevó a la población, a levantar murallas que protegieran sus urbes y *villae*, a la par que a reocupar hábitat ubicados en emplazamientos fácilmente defendibles -castros-, u ocultos a simple vista -cuevas -.

Fue este clima el que propició la erección de murallas en las ciudades, y no el deseo de embellecimiento de los núcleos o las disposiciones imperiales, tal como lo prueba el ya citado amurallamiento de *villae*, la contratación de ejércitos privados por parte de los *possessores* de éstas, y la reocupación de castros y cuevas, fenómenos ligados al temor, no al prestigio o a la estética urbana.

Varias ciudades, redujeron su perímetro urbano, bien delimitado por murallas, síntoma de una evidente falta de población pese a la presencia en algunos núcleos de barrios extramuros. Otras mantuvieron unas dimensiones similares de las que disfrutaban en el Alto Imperio, pero no necesariamente albergaban la misma cantidad de población, dada la huida de efectivos al campo.

Se dio una dinámica de abandono, ruina y desmantelamiento progresivo de espacios y edificios públicos, de actividades evergetas y del mantenimiento de infraestructuras de primera necesidad, que nos trasladan la imagen de una ciudad de características arquitectónicas muy pobres, en las que las ruinas, los vertederos, el desmantelamiento y las reocupaciones de edificios abandonados, era algo habitual. Así mismo, los citados datos nos desvelan el alto grado declive de la vida municipal, la falta de pulso y capacidad de las ciudades y de sus oligarquías, para mantener sus edificios y las actividades que las caracterizaban, e incluso la ausencia de una población que las demandara.

Este declive ciudadano se dejó sentir poderosamente en todas aquellas actividades ligadas tradicionalmente a la misma, especialmente en las artísticas -musivaria y escultura -, unidas estrechamente a aquellas capas altas de la sociedad que las demandaban, y que en estos momentos seguirán solicitándolas para sus posesiones rurales, medio en el que se realizarán la mayor parte de estas obras tardías.

La actividad constructiva de la Iglesia, no debe enmascarar la decadente realidad ciudadana, ya que responde al auge de una institución concreta, la Iglesia Cristiana, y no a la bonanza del entorno que la acoge. Así mismo, no podemos considerarla como una novedad en cuanto a su función religiosa en la ciudad antigua, pues ya había gozado de ceremonias y construcciones semejantes en su fase pagana.

La mayor parte de síntomas visibles de decadencia: abandono y ruina de espacios y edificios públicos, del evergetismo, del mantenimiento de infraestructuras, de las actividades artísticas tales como la musivaria y la escultura, ven como la

dinámica decadente que arrastraban del siglo IV, se acentúa de forma cualitativa y cuantitativa en el siglo V d.C., cuyo final marca casi con sincronía la muerte de estas actividades.

La sociedad vivió un intenso proceso de ruralización provocado por la propia decadencia de la ciudad, que había perdido muchas de sus posibilidades, funciones y atractivos para la población y por la asfixia económica a la que el fisco sometía a todos los estamentos sociales que habitaban en este medio. El campo a su vez, ofrecía mayores probabilidades de burlar a la hacienda pública, de atender a la propia supervivencia en estos tiempos de crisis e incluso de lograr defensa o manutención ya en la *bagauda*, ya bajo el patrocinio de un latifundista. Este proceso de huida al campo, tanto de las clases bajas como de las altas, tuvo su reflejo en la completa y lujosa dotación de las *villae* que habitaban los señores, y en la presencia en el medio rural de mosaicos, termas, basílicas, defensas y ejércitos privados, en cantidades ostensiblemente superiores a los de la ciudad.

Las invasiones del siglo V d.C. supusieron un mazazo en la vida de muchas capitales, algunas de las cuales vieron llegar el final de su existencia, debido a la frecuencia con que sufrieron saqueos, o vieron devastado su territorio. Estas acciones, afectaron a la población, a la economía, a las actividades de todo tipo y en definitiva, al conjunto de la vida ciudadana, que encontró en las destrucciones una invitación a la vida rural lejos de los centros urbanos, núcleos más apetitosos para el bárbaro deseoso de botín.

Esta última constatación, nos puede hacer replantearnos el valor real de los autores y fuentes bajoimperiales, especialmente las del siglo V d.C., ya que aunque es innegable su parcialidad parece claro que no estaban tan desacertadas, a juzgar por los resultados que han dado a la luz las excavaciones arqueológicas.

Tanto por estas como por otras causas y manifestaciones, cabe afirmar que la ciudad hispana tardoimperial -siglos IV y V d.C.- sufrió una profunda crisis o decadencia, si la comparamos con su realidad pasada, única conocida por los hombres del momento. Esta fue la causa y no otra, de la desaparición de algunos núcleos y del cambio o metamorfosis que sufrió en su propia naturaleza, visible en la pérdida de población, funciones, riqueza y pulso urbano en definitiva, teniendo presente siempre que el proceso fue de menos a más, ahondando en su propia decadencia a medida que avanzaba el siglo IV y se aproximaba y transcurría el V d.C.

Estas apreciaciones son de carácter general y los síntomas observados, son compartidos por la mayoría de las ciudades hispanas a lo largo del Bajo imperio, lo cual no nos priva de nuestro deber matizar en cada caso particular y regional, y de seguir trabajando afanados en nuestra labor esencial, la búsqueda de la verdad.